

La subregión Colesuyo y sus etnias

Recibido: 05/03/2015
Aprobado: 15/05/2015

Waldemar Espinoza Soriano
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
<waldemar_espinozas@hotmail.com>

RESUMEN

Al suroeste de la cuarta región del imperio de los Incas, llamada *Cuntisuso*, y oeste del Collasuyu existía la subregión denominada Colesuyu. Comprendía las vertientes, laderas y llanuras del poniente, hasta las orillas marítimas. Por el norte comenzaba en los ríos Chili y Quilca —Arequipa—, aunque más pronunciadamente desde el actual departamento de Moquegua, acabando, por el sur, en la quebrada de Camarones, bien que otros documentos quinientistas aseveran que se extendía a partir de Camaná hasta el pequeño río de Pica-Loa. En consecuencia, encerraba valles y desiertos, aparte de las playas ocupadas por pescadores camanchacas o changos que intercambiaban sus productos con labradores y ganaderos. Entre Collisuyo y el lago Puquinacocha (Titicaca) se interponía el ámbito Urcosuyo. Al este de la citada palude se encontraba la otra subdivisión llamada Umasuyo. Y más allá la nombrada Manca. No fueron creaciones de los incas, sino instauraciones hechas en edades más antiguas.

PALABRAS CLAVE: Región y subregión, Moquegua, Quebrada de Camarones, Pica-Loa, Changos, agricultores, pescadores, ayllus, mitmas, enclaves.

The region Collisuyo and ethnic groups

ABSTRACT

Southwest of the fourth region of the empire of the Incas, called *Cuntisuso*, and west of Collasuyu existed subregion have called Collisuyu. He understood the slopes, slopes and plains of the west, to the sea shores. On the northern rivers began in Chili and Quilca —Arequipa—, although more sharply from the current department of Moquegua, finishing in the south, in the Camarones, though quinientistas documents assert that stretched from Camaná up the small river of Pica-Loa. Consequently, enclosed valleys and deserts, apart from the beaches occupied by fishermens or monkeys camanchacas exchanging their products with farmers and ranchers. Among Collisuyo and Lake Puquinacocha (Titicaca) Urcosuyo the field stood. To the east of that palude other subdivision called Umasuyo was. And beyond the Manca named. There were creations of the Incas, but unsaturations made in older ages.

KEYWORDS. Regios and subregion, Moquegua, Quebrada de Camarones, Pica-Loa, Changos, Farmers, Fishermen, Ayllus, Mitmas, Enclaves.

Colesuyo (Collisuyo - Colecsuyo - Collecsuyo): Las etnias de su entorno

Lo que hoy es el departamento de Moquegua, antes, durante y después de los incas fue denominado Collisuyo y Collecsuyo. Ubinas configuraba el poblado más importante. El topónimo *Colesuyo* fue el que prevaleció en el virreinato y república.

Su prestigio ya caminaba a paso firme desde antes de los incas, aunque éstos como resultado de su nueva estrategia geopolítica, no le reconocieron toda la prestancia que mereció durante el funcionamiento de Estados imperiales anteriores. No obstante lo cual, los colesuyos mantenían su fama entre las demás etnias del Cuntisuyo y Collasuyo, realidad fácil de demostrar con las citas que dieron sobre ellos los habitantes de la costa norte durante la tercera expedición de Pizarro. A éste y a sus compañeros les hablaron con admiración de los señoríos de Chíncha y Coli (Porras 1954).

Sin embargo ha habido alguna confusión para aclarar de qué *Coli* se trata, por cuanto han existido hasta tres ámbitos con esta onomástica. Los aventureros que acompañaban a Francisco Pizarro en su tercer viaje, en el mar de la isla de La Puná —en marzo de 1532— escucharon hablar con admiración de los «*Caciques de Coli y Chepe*», aunque con más asombro pintaban en su imaginario al reino de Chíncha, el mayor de la costa, región en la que también ubicaban Coli y *Chepi*. ¿Ese Coli se refiere acaso al Collique del valle del Chillón al norte de Lima, o tal vez al Colec de Moquegua al sur? Se puede aseverar —ahora— que Coli es Colec, no exactamente el Collique localizado al septentrión de Lima, bañado por el río Chillón que baja de Canta a través de Quives y Yangas para regar las heredades de Comas, Carabayllo, Concón y Chuquitanta. Todavía no se ha desvelado nada en lo relacionado a Chepe. En 1533 el curaca mayor de Collique del Chillón se llamaba *Acja* (Estete 1533: 72). En no pocas ocasiones acudían los de Canta y Guamantanga para ayudar voluntariamente en las labores cocaleras de Quives, por sacar provecho de tal colaboración tanto durante el Tahuantinsuyo como en el virreinato. En consecuencia el informe difundido en la Puná nada tenía que ver con el Collique del río Chillón. Tampoco con el pequeño señorío de Collique, contiguo a Chiclayo en el área de Lambayeque.

Garcilaso rotundamente lo pronuncia Collisuyo, región que se extendía hasta Tacama (Atacama), postrera en la costa llamada *Patapata* por los andinos y *Llanos del Perú* por los hispanos; es tierra larga, angosta y mal poblada, añade que tardó en ser conquistada por los incas (1609:141). Coles o ccoles les llamaban a sus habitantes (Pachacuti 1613: 244). Por tanto Colesuyo fue el topónimo de una región de origen preincaico que se extendía desde Camaná y Arequipa, pero más que todo a partir de Torata y Moquegua hasta la quebrada de Camarones en Tarapacá, al norte del desierto de Atacama. En la parte de Moquegua, zona nuclear de esta subregión abarcaba desde las altas laderas de la sierra cordillera occidental hasta la chaupiyunga; pero en lo demás comprendía solo la chaupiyunga, por cuanto el litoral mismo con sus playas y caletas estaba ocupado por los pescadores changos o camanchacas, de cultura paleolítica. Los de la subregión Cole o Coli, chaupiyunga y serrana practicaban la ganadería, agricultura, textilera, alfarería y otras manualidades, juntamente con muchas colonias de mitmas collas, lupacas, pacasas, carancas y de otras etnias altiplánicas que bajaban a controlar nichos y enclaves ecológicos mesodérmicos. En su área nuclear —Moquegua— se encontraban cinco *cacicazgos* o *provincias étnicas* autóctonas que fueron empadronadas por los visitantes españoles. Hablaban cuatro lenguas principales: en primer lugar la puquina, luego la colí, aymara y camanchaca, aparte de otros dialectos. La puquina prevalecía en muchos ayllus de Atun-Colla, Moquegua y de ahí hasta Arica (Barzana 1594, 399).

Galdo Rodríguez aclaró que —de acuerdo a documentos del Archivo de la Blanca Ciudad— Colesuyo comenzaba en lo más próximo de la ciudad arequipeña, en otras palabras en las comunidades de Yarabaya (1995: 55) y Copoata, ambas oriundas, siempre empadronadas juntas, como aparecen en la visita de 1549, no obstante ser curacazgos independientes. Dicha visita establece que los «indios naturales» pertenecen a las etnias: 1° de Yarabaya (parroquia de San Lázaro) con su curaca Caya o Sicaya con 117 tributarios y un total de 719 habitantes. 2° Copoata (río Huasamayo) con su curaca Escapa, con 113 tributarios y un total de 522 habitantes. 3° Chichas (Guasacache) con 36 tributarios y un total de 156 pobladores. 4° Orejones (Yumina) con 6 tributarios y un total de 226 personas. 5° Puquina o Poquina



con 125 tributarios y un total de 642 almas. 6° Chule (y Tambo), también puquina hablantes sin cifras demográficas. Los mitmas Orejones Yuminas aparecen con sus curacas Chagua y Chalcovilca; por igual los Chichas de Guasacache bajo las órdenes de Omo y Llamato. Asimismo se habla de los mitmas residentes en Tambo (Ibíd: 56-58).

Pero antes es prudente porfiar que si bien el Tahuantinsuyo fue demarcado, oficialmente, en cuatro regiones: Chinchaysuyo, Antisuyo, Collasuyo y Cuntisuyo, dentro de las dos postreras ya existían desde mucho antes —con bastante seguridad desde el dominio Puquina o Tiwanaku— otras regionalizaciones internas. Así por ejemplo, dos en el Collasuyo, la del oeste del Titicaca, denominada Urcosuyo, y la del este llamada Umasuyo. Por su lado, en la región Collasuyo se encontraba enclavada una subregión nombrada Colesuyo, cuyos habitantes recibían el gentilicio de Kole-hake —gente de Cole— (Bertonio). Es un gentilicio que también puede ser pronunciado *kolli*; tiene otras acepciones en aymara: 1° un árbol cuyo nombre técnico es *Buddleia incana*, *Budleya blanca*, usado como excelente combustible. Su cocimiento es aplicado como astringente. Muy apreciado por su madera dura y compacta. 2° *Kolli Atekaña*: acodar a la tierra los pimpollos del kolli (Luca 83: 231), es decir, meter el vástago de esta planta debajo de tierra, dejando fuera a la extremidad o cogollo, para que naciendo raíces en el mismo vástago, se forme otra nueva (DRA 1791: 159). 3° *Coli* es enmarañado, revuelto (Bertonio 1612, II: 50).

El renombre de Colesuyo marchaba parejamente con la cuantiosa producción de ají, único sazónador de prestigio, elevado por tal razón, a la categoría de moneda-mercancía una vez enjuto.

En lo que, igualmente, no cabe dubitaciones es que el Colesuyo comprendía lo que ahora es la porción occidental de las provincias de Arequipa e Islay y todo el departamento de Moquegua. Este último, poblado por las etnias Ubina, Caruma, Pocsi (denominada Potosí por ciertos escritores apresurados), Omate, Cochuna, Puquina y «otros indios» que los autores del siglo XVI no quisieron especificar por creerlos insignificantes. Lo censurable es que así se expresaran al referirse a cientos de mitmas lupacas que paraban en los valles de Torata y Moquegua controlando pisos y nichos ecológicos para suministrar productos de clima mesotérmico y cálido a sus seño-

res del altiplano. Pero ahí no concluía la figura socio-geográfica y política, pues mucho más al sur existía otra subregión llamada Chile que servía de escenario para la vida a varias etnias, a semejanza de lo que ocurría en el Tucumán. E Incluso en el extremo noroeste y norte Tupac Inca Yupanqui instituyó una subregión o *suyu* conformada por Huancavilcas, Cayampis y Pastos, si bien por sublevarse contra el Estado, Huayna Capac lo extinguió, anexándolos totalmente al Chinchaysuyo (Murúa 1600: 191; Montesclaros 1616: 151).

Hay que traer a colación que la Audiencia de Lima (fundada en 1543) alcanzaba, por el sur, hasta el río Pica-Loa; al ser creada la Audiencia de Charcas (1563) mermó su territorio contrayéndolo hasta el valle de Moquegua. La parte meridional de esta campiña, con muchas chacras de ají y frutas, fue puesta dentro de la jurisdicción de la Audiencia charqueña, la que se alargaba hasta el valle de Copiapó, el primero de la Capitanía General de Chile. Aquí hay que plantear una interrogante: ¿El valle de Colesuyo (Moquegua) fue partido entre dos Audiencias? ¿Efectivamente Colesuyo comenzaba en la banda meridional del dicho Valle? Lo seguro es que abrazaba las dos riveras. Aunque lo verídico es que, como ocurrió con los incas, la vetusta subregión Colesuyo ya no interesó a los españoles, para éstos ahora primaban los intereses de economía política, de manera que la provincia colonial de Colesuyo apenas quedó para nombrar y determinar al corregimiento o provincia de Colesuyo, poco a poco diluido hasta quedarse con el de Moquegua. Bien que para los habitantes autóctonos su toponimia tuvo larga duración.

Aunque muy pronto el virrey Francisco de Toledo, incentivado por argumentos geoeconómicos decretó la excepcionalidad de reincorporar dentro de la Audiencia de Lima al puerto y ciudad de Arica. Fue el corolario de la importancia adquirida por ser el punto de desembarque del azogue, insumo imprescindible para intensificar la extracción de plata en las minas de Potosí, mineral que, a su vez, lo exportaban por el puerto de Arica (Vázquez de E.1630: 439, 617).

Pero si bien las etnias antes citadas constituían los *colec-s* nucleares, esta subregión comprendía más espacio territorial. Juan Maldonado de Buendía, que visitó la provincia de Moquegua, en carta dirigida al rey (La Plata, 25-III-1575) le expresa que dicha provincia se alargaba desde el río de Arequipa hasta



Mapa de la Subregión Collisuyo (Colesuyo).



el Loa, con una longitud de 120 leguas —720 kilómetros—, y de 20 a 30 de latitud. La describe como tierra áspera de sierras y arenales en la que emergían muchos pueblecitos. Concretamente escribe: «hallé en ella ducientos y veinte y seis pueblos y redújelos a veinte y dos, en que dejé señaladas trece doctrinas, donde cómodamente en cada una de ellas podrá un cura administrar los sacramentos». También instituyó alcaldes y regidores indígenas con ordenanzas en los pueblos principales (AGI. Lima 123). ¿A qué río de Arequipa se refiere, al Quilca o al Chili? Con seguridad a los dos, si consideramos que el Chili es el que cruza la ciudad arequipeña para confluir en el Quilca. En lo que también hay certeza es que el valle de Tacna formaba parte de la «provincia de Colesuyo», como lo clarifica una cédula firmada por Francisco Pizarro en 1538 al entregar la encomienda de Tacna a su primo Pedro Pizarro. Entre ellos le dio el pueblo de *Tacana* o Tacna con su curaca Astaca y los principales Quilopana, Cata, Conchariqu, Quiela y Omechipa, con 600 tributarios en total (Barriga 1955, III: 116).

De acuerdo a otros documentos guardados en el Archivo de Moquegua, en lo tocante al aspecto humano, se confirma que los *colec*s poblaban desde Camaná hasta la desembocadura de la quebrada de Camarones, franja bastante angosta de 20 leguas como máximo (120 kilómetros). Lo que vale decir que dicha zona estaba habitada por yungas agricultores, nativos de tierras calientes, a los que se sumó después una población colla y aymara para vivir cercanos a los camanchacas o pescadores del litoral, en otras palabras, hasta conformar una zona triétnica, cada una especializada en actividades distintas y con sus propias autoridades nativas, aunque los pescadores subordinados socialmente a los agricultores. Lo que permite sostener que toda esa área, compuesta por valles, no formó necesariamente una unidad sociopolítica en el Intermedio Tardío o preincaico, sino que cada una de éstas agrupaciones componía un cacicazgo. En consecuencia, en este sector del litoral los habitantes yungas estaban formados por los agricultores *colec*s, carentes de un centro de poder, lo que facilitaría para ser intervenidos y ocupados por gente serrana, dominio que se acentuó en la época del Tahuantinsuyo (*cf.* Hidalgo Lehudé 2009: 152).

Colesuyo fue una subregión notable, pues aparece mencionada en la real cédula del 4 de mayo de 1534, mediante la cual prolongaron los límites de

la Gobernación de Francisco Pizarro hacia el sur de Chíncha, por un largo de 60 leguas de ésta, cubriendo las tierras de los curacas de Coli y Chepi (AGI. Lima 565, III).

Por el documento que se acaba de citar es evidente que la costa de Moquegua a Tarapacá perteneció a un territorio llamado Colesuyo. Justo, la villa española de Santa Catalina de Guadalcázar de Moquegua fue, desde la fundación de esta demarcación ya españolizada, considerada la cabecera del corregimiento de Colesuyo, así consta en la integridad de la documentación político-geográfica desde 1565 hasta el siglo XVIII. Ahora corresponde al departamento y/o región de igual nombre. El mismo que ciñe desde la cordillera nevada hasta las playas marítimas. Bertonio incluye la voz *koli haque*, indicando que es como distinguían a los habitantes yungas hacia el oeste, en Moquegua. Pachacutic Yanqui, al citar la expedición de Pachacutec Inca Yupanqui hacia Condesuyos, manifiesta que se desplazó por el Collao para dar con los *Colec*s y camanchacas, a los que delata de «grandes hechiceros», y de inmediato bajar por Arequipa o Ariquepay. Son datos que señalan como Colesuyo Incaico fue dividido en dos: el del norte, adjudicado a Cuntisuyo (Arequipa), y el segundo, el más extenso, al Collasuyo. No expresaron voluntad a favor de su conservación, excepto los propios originarios colesuyos que continuaron guardando su tradición demarcacional, y la de algunos funcionarios coloniales, quienes, por lo menos durante el siglo XVI y gran parte del XVII prosiguieron escribiendo oficialmente «provincia de Colesuyo, alias Moquegua». Hasta que por fin —en el XVII— quedó solamente «provincia de Moquegua». Lo demás ha sido echado al olvido.

El ámbito Colesuyo, tan alargado, ¿fue habitado por una sola etnia de ese nombre bajo el gobierno de una diarquía? ¿O fue verdaderamente el apelativo de una subregión enclavada en el oeste de Cuntisuyo, o del Collasuyo? ¿O quizás una zona que, a semejanza de lo sucedido en el imperio Chimor, sus señoríos existentes fueron desgarrado por los incas en valles autónomos desde Moquegua a Camarones, o hasta Pica-Loa para restarles fuerza guerrera y política? No hay documentación primaria para aclarar lo que sucedió. Aunque por analogía con Chimor, nos inclinamos a que fue fragmentada por los incas.

Como recuerdo de los Colesuyos todavía persiste la punta de *Colec*s al suroeste de Ilo, a los 17.42°

de latitud sur. Exactamente a 32 millas al ONO del morro de Sama. Es muy saliente y baja en su extremidad occidental. Se eleva hacia el interior hasta llegar a ser terreno barrancoso. Es muy fácil de reconocerlo porque su terminal del oeste está formado por tres islotes que se separan de ella, y son vistos con harta facilidad. Para ello basta doblar la punta de Coles la costa al NO 14 al N, hasta la quebrada de Ilo. Los que navegaban cuidaban de no acercarse a la tierra del S, apenas una milla, por estar totalmente con rocas, algunas de las que sobresalen 2/3 de milla (García y García 1863: 40). Las tortugas viven en el lado opuesto de esa punta, exactamente en Pozolisa; los que querían voltearlas iban por tierra, capturándolas mar afuera, donde las encontraban boyando. Les amarraban la cola, suspendiendo al animal por arriba. En Punta Coles hay abundancia de lobos marinos y sobre la pañolería se amontona mucho guano. La punta de Coles termina en el islote y su pañolería. Ya desde comienzos del siglo xx, muchos creen ver, a lo lejos, que el citado islote simula un campo sembrado de *coles*: verdura para preparar ensaladas (*cf.* Stiglich 1922).

Pasemos a examinar los valles y sitios más notables de esta subregión:

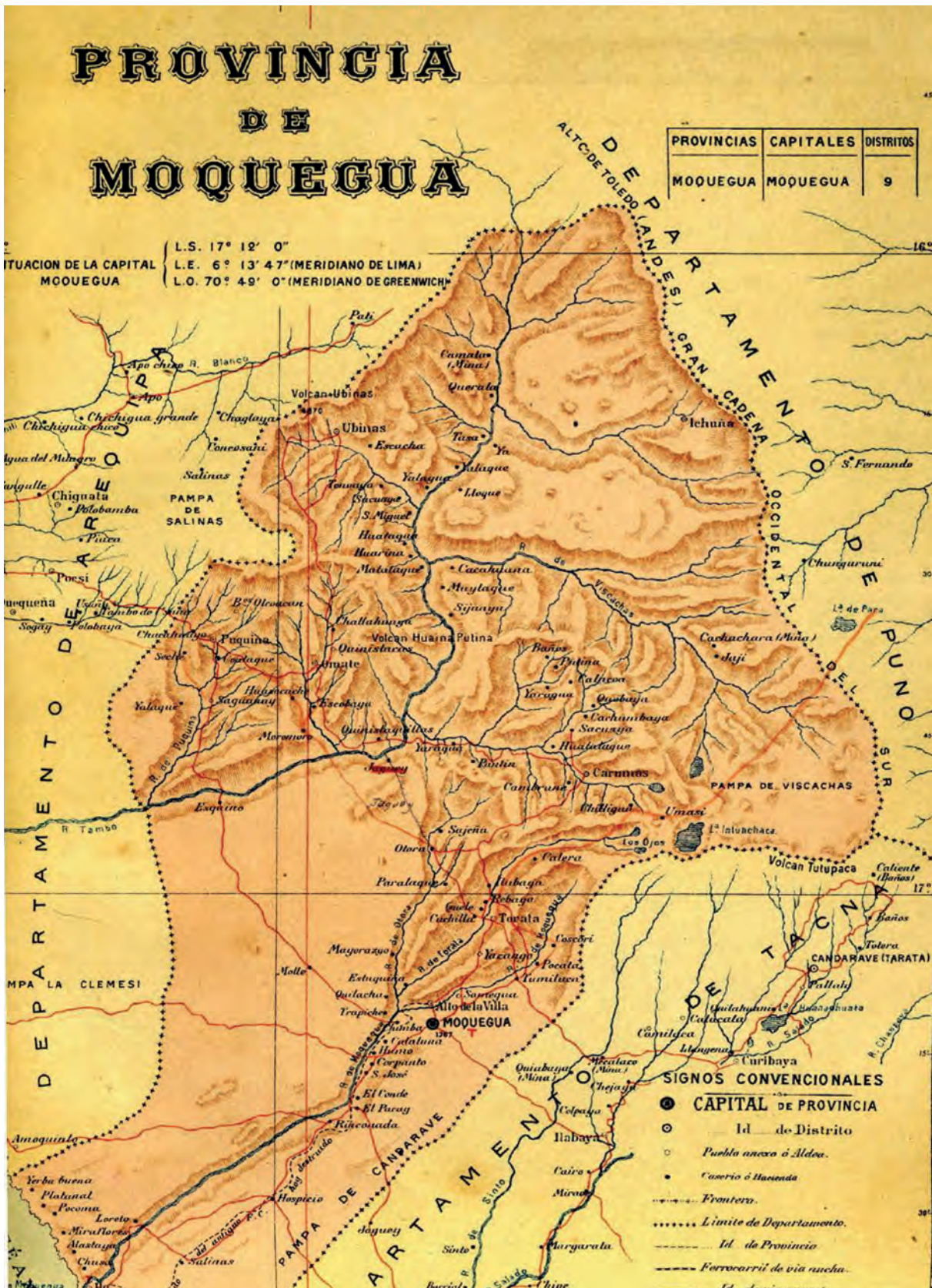
Moquegua (Colesuyo nuclear)

Es necesario remontarnos al Horizonte Intermedio (Tihuanaco o Puquina). A su territorio lo tenían dividido en tres macro-regiones: Umasuyo, Urcosuyo, Colesuyo y Manca. Las dos primeras en ambos márgenes del Puquinacocha (Titicaca); mientras que la tercera o Colesuyo, área de sierras y arenales, extendidas desde las altas vertientes cordilleranas hasta el mar, verdaderamente el hoy departamento de Moquegua, era la más significativa con pisos y nichos ecológicos desde lo más altos de la cordillera hasta los bordes de su no tan larga costa marítima en Ilo. Con todas las variedades geográficas e hidrográficas, tiene producciones de infinidad de climas conforme se sube o se baja por su territorio de Torata y Moquegua. Casi todos los caseríos y chacras estaban en el valle de Moquegua, que es amplio y verde gracias a sus producciones y buenos canales que regaban sus andenes. La sequedad del clima fue superado por el esfuerzo del ayni, minca y mita, como acontecía en

cualquier comarca del imperio. Los linderos del norte y del este están limitados por empinadas cordilleras, en las que surgen ostentosos los soberbios volcanes Tutupaca, Ubina y Huaynaputina, hasta las elevadas abras que dan paso a determinados caminos peatonales, como los de Moquegua y Torata hacia el país Lupaca (sur de Puno), vías que por no ser estatales carecían de auténtica comodidad. Hacia la costa solo poseía un río, llamado Tumilaca al correr por Torata, y más abajo Moquegua. Colesuyo, tiene —en cambio— hacia el interior las cabezadas del caudaloso Tampupalla, orgullo de la moderna provincia de Islay. Lo que demuestra que Colesuyo tenía dos hoyas distintas por donde vivían cinco etnias nativas y cientos de mitmas llegados del altiplano Lupaca. Y tanto en la parte alta como baja los naturales hablaban el aymara, con un ordenamiento social bastante homogéneo. La cordillera volcánica de los Andes puede ser contemplada en la integridad de su hermosura y vigorosidad al recorrerla por la parte alta. Sobre los profundos valles se empinan también majestuosos los brazos de esos mismos

Andes, por donde hay volcanes, picos nevados y cerros altísimos, que colindan con las pampas. Tampoco faltan cadenas de ásperos terrenos que quedan embellecidos por lagunas pintorescas, como la de Istunchaca y Los Ojos. Dueña a la vez de llanuras, unas áridas y otras productoras de pastos naturales propios de las punas, por donde la ocupación principal era la ganadería, mientras en las medias y bajas prevalecía la agricultura. El valle de Moquegua, a 1.367 msnm es ameno por el verdor de sus producciones. Tampoco le faltan aguas termales y minerales, a las que atribuyen cualidades curativas recomendables.

La parte marítima, una de las más ricas del litoral por su pesca, estaba poblada de pescadores changos o camanchacas (Pachacuti 1613: 197), éstos sí de usos y costumbres diferentes a las etnias anteriores. Estaban en la desembocadura del Ilo u Osmore (Moquegua) que baja de los cerros de Carumas e Ichuña, bien que su origen está marcado en las lagunas llamadas Los Ojos. Su quebrada es en gran parte del año seca, para cargar demasiado y hacer daño durante las lluvias serranas. En Ilo, precisamente, se desprende la punta de Coles, al norte del cual se presenta el sosegado desembarcadero de Pacocha, no lejos del antiguo Ilo. Por ahí brotaban algunas lomas, y además, próximo a este lugar, está la mejor sal del sur del Perú; proliferaba la



Área nuclear del Colesuyo

leña, gracias a sus bosques (Paz Soldán 1877). Los naturales o autóctonos de Colesuyo hablaban el *coli* (Almonte 1813: 8) mientras que los miles de mitmas bajados del altiplano se entendían en aymara. Los changos manejaban su propia parla.

Después de la caída de Tiahuanaco el liderazgo puquina se desplomó, dando origen a una serie de reinos y señoríos, entre los que destacaron Jatuncolla, Lupaca y Pacaje. Pero fue el segundo el que iba a tener acceso al área Colec.

Fue en tiempo del cuarto Inca legendario, Mayta Capac, cuando la región de Colesuyo se puso en contacto con el curacazgo del Cusco. La cumbre del Cerro Baúl, próximo a Torata y a cinco leguas de Moquegua, fue el baluarte de la pertinaz resistencia de los cochunas (habitantes nativos de Torata), nombre de sus pobladores autóctonos, contra los expedicionarios incas (Pachacuti 1613: 128). Un sapa inca posterior se decidió incorporarlo a su Imperio y adscribirlo a la cuarta región llamada Cuntisuyo. Este soberano se percató de la fertilidad de la tierra y de su extensión capaz de recibir más gente de la que tenía (Garcilaso 1609: 90). Motivó entonces la creación de enclaves lupacas para que ejercieran el liderazgo aymara y el control económico sobre esta región, de tal modo que a partir de entonces el Cuntisuyo se sobrepuso al Colesuyo, en la misma forma que la autoridad del Cusco se superponía sobre los lupacas. Éstos, con su gran señor Cari, jefe de Anan-Lupaca, tenía unidades domésticas de su señorío desde el valle de Moquegua al de Zama; mientras que Cusi, señor de Lurín Lupaca solo controlaba a sus mitmas en Torata (Díez de SM 1567: 14, 27. 125-130). Estos mitmas desplazados en las arroyadas yungas, en la cantidad de más de un millar, sembraban lo que les faltaba en sus terruños (Garcilaso 1609: 245). Cultivaban maíz, algodón, ají y coca, productos que intercambiaban por carne, lana y estiércol procedentes de la puna. Así fue como los valles semicálidos de Moquegua y Tarata fueron transformados en sendos enclaves dependientes de Anansaya y Lurinsaya del reino Lupaca, gobernadas por Cari y Cusi, respectivamente. Buena parte de tales enclaves siguieron en posesión de los altiplánicos durante los siglos que duró el virreinato. Entre los años de 1572 a 1574, todavía 676 tributarios pertenecientes a la etnia Lupaca paraban en el Colesuyo (Gutiérrez F. 1574: 45).

La zona nuclear de Moquegua comprendía Torata, Carumas, Ubinas, Omate, Puquina, Poci e Ichuña (Bueno 1765: 44-45).

En Cuanto a parcelas agrícolas en el sector de Omo, sembraban por igual los Carumas y Cochunas, pero ningún pescador de Ilo. Por su clima magnífico producía desde papas y maíz hasta pacaes, lúcumas, guayabas, coca, grana y ají. Conformaban enclaves de naciones de diferentes señoríos: altiplánicos y oceánicos. Similar espectáculo se veía en Samegua, Escapalache, Tumilaca, Siguas y La Chimba; por allí vivían sin provocar enfrentamientos bajo la vigilancia del Imperio (*cf.* Galdo R. 1987: 139).

Etnia Ubinas

«Provincia de Ubinas» la titula una provisión firmada por Pizarro (22-I-1540. Barriga 1955, III: 21), la que incluía poblados notables: Matalache, Omate, Cachuasi, Guata, Escamaqua, Cocotea, Sibaya, Camata, Torata y el mismo Ubinas (Galdo R. 1995: 68). «La provincia de los Ubinas» le llama dos veces Vázquez de Espinoza, en cuyo territorio se erguía el volcán de su nombre, que erupcionó en 1600 (1630: 468, 477). Usufructuaban los terrenos de Torata y los mitmas lupacas aprovechaban las chacras tanto en Torata como Moquegua, comarcas de buenos y abundantes recursos y copiosas provisiones, pese a que Torata tenía un terreno muy quebrado con pequeños valles y llanos donde producían papas. Caían fuertes aguaceros de diciembre a marzo sin modificar notablemente el clima y la sequedad de su atmósfera. En sus cerros abundan los cactus de las variedades *ciervo* y *toba*. En Torata la gente estaba especializada en la agricultura y ganadería con miles de cabezas, para la que empleaban la técnica de las majadas, o sea, corrales dejados por los trashumantes en busca de pastos naturales. Preparaban chalonga y pieles. La campiña de Torata tenía cinco kilómetros cuadrados de hermosa perspectiva, todo en medio de una temperatura inmejorable (Stiglich 1918).

Sin sospecha, etnia perteneciente al Colesuyo y Condesuyo, es mencionada como provincia o nación (Cieza 1553: 439), en la que fueron censados 532 tributarios y 2.745 exonerados, o sea 3.277 habitantes reducidos en el pueblo de San Felipe de Ubinas. En efecto, los ubinas son mencionados con el ran-



go de *nación* (Cieza 1553: 439). También como una de las etnias más septentrionales del Colesuyo, pues comprendía hasta las alturas de Ichuña; pero Ubinas mismo no queda a tantos msnm, como si está Ichuña. Ubinas se sitúa al pie del volcán de su nombre, ya cuando la quebrada de Ubinas se ha formado. Por ahí pasaba uno de los caminos de Puno a Arequipa, así como otro que enlazaba las pampas ganaderas que se extienden desde Carumas a Ichuña. El pueblo de Ubinas dista 450 kilómetros de Moquegua y 70 de Omate (Stiglich: 1918).

Cuando se constituyó el *corregimiento de Carumas y Ubinas de Colesuyo* lo hicieron uniendo Ubinas, Pocosi o Poci, Carumas, Cochuna, Omate, Quinistaca, Puquin o Puquina, Cheque o Chiqui Mítmas y Torata (Vázquez de E. 1630: 655).

Puquina

De mucho auge en el Estado imperial Puquina, llamado por los arqueólogos Tiwanacu (Tiahuanaco), en cuya época tenía una enorme extensión, pero derrumbado este organismo político, sus relictos quedaron mayormente concentrados en la orilla oriental de Puquinacocha —hoy Titicaca—, en la zona Callahuaya-Omasuyu y el espacio entero de Capachica, donde se sitúa el pueblo de Coata. Pero no solo por allí, sino en cantidad mayor en la sierra de Colesuyo (*cf.* Anónimo 1604 / Espinoza Soriano 1980: 150).

Dividida en Anan y Urin, los localizados al oeste de Colesuyo y noreste de Moquegua, vivían entre los 1.000 a 3.500 msnm, regado por un riachuelo tributario del Putina cuando este ya tiene su quebrada bien formada. Constituye un valle interandino que incluye dos regiones geográficas bien marcadas: 1° la costa a la altura de su desembocadura en el río Tambo (Tambopalla), y 2° la sierra en su parte más alta. Su ámbito nuclear se alejaba 150 kilómetros de Moquegua. Presenta una geografía de valles estrechos y alargados, y quebradas de vertientes escarpadas con andenes o terrazas escalonadas y acequias de regadío útiles para la agricultura en el Intermedio Tardío y Horizonte Incaico (1200-1540 d.C.), hasta ahora. Sus ayllus asentados a lo largo del valle sustentaban su economía en una producción agrícola extensiva y desarrollada; lo demuestran las numerosas obras de andenería todavía existentes, si bien muchas en aban-

dono, sobretudoo desde la erupción del volcán Huaynaputina en 1600, que cubrió con una gruesa capa de material piroplástico. Lo mismo se puede decir de su infraestructura de canales de riego y reservorios que les abastecía de agua, ahora aun no rehabilitados. La cerámica que les pertenece es la llamada Churajón y Chiribaya. La cerámica colla exhumada en su espacio prueba que fue escenario de enclaves ecológicos altiplánicos (González P. 2008: 126, 127). Le correspondía Omate. Su clima es frío por estar al pie mismo de la cordillera volcánica del Quinistaquillas.

Hay documentos que al referirse a éstos les llama «y otros indios», que ascendían a 2.481 almas, de las cuales 475 pagaban tasa tributaria, pero los restantes 2.006 no. Estaban poblados en las reducciones de San Bernardo de Omate y San Salvador de Puquina (Miranda 1583 a: 175). Como es lógico la referida gente hablaba puquina, mientras que los demás de entendían por medio de la lengua cole.

Se aprecia que las zonas altas, las estepas o punas, estaban aupadas por los nativos, con sus respectivos enclaves ecológicos en el litoral, inclusive con derechos al recojo de guano en sus islas marítimas, mientras que en las bajas o yungas permanecían los mítmas lupacas y collas. Son perfectamente ubicables Puquina, Omate, Ubinas y Carumas, pero no todas las que fueron sus reducciones. De Poci se conoce que, durante la república, fue anexada a la provincia de Arequipa por estar más cerca de esta ciudad y —en cambio— muy lejana de la de Moquegua.

Lo que se acaba de anotar es solo un remanente. En épocas muy antiguas el grupo puquina, con lengua propia, situado desde tiempos remotos en los contornos del lago Titicaca, al que Guaman Poma le llama con su auténtico topónimo: Puquina-Cocha, avanzaron hasta el norte de Chile, sur del Cusco y Arequipa, desde Moquegua hasta Cobija. En su área se contaban muchas e importantes poblaciones, como la de Moquegua concretamente, y casi 50 más en el Collao (*cf.* Barzana / Arriaga 1594: 399). Los puquinas, ya desde los años de Tiahuanaco e incaicos, fueron lentamente suplantados por los aymaras y otras etnias de habla quechua. Entre los misioneros del siglo XVI, el jesuita Alonso Barzana escribió una gramática y diccionario de este idioma, que nunca fueron publicados.

En la visita toledana se contaron 125 tributarios puquinas incluidos dos curacas; 40 viejos; 131

muchachos y 346 mujeres. Total 642 personas. En Yarabaya se numeraron 117 tributarios incluyendo dos curacas, 19 viejos; 116 muchachos y 271 mujeres. Total: 523 personas. Los puquinas daban de tributación 125 pesos 4 tomines de plata ensayada y marcada; 22 vestidos de algodón por mitades; que a 2 pesos monta 80 pesos; 20 fanegas de maíz a 6 tomines, suma 15 pesos. Total: 776 pesos 4 tomines. La tasa de Yarabaya consistía en 460 pesos de plata ensayada y marcada: 70 fanegas de trigo valuado en 90 pesos; 60 fanegas de maíz valorizada en 60 pesos; 90 gallinas valuadas en 11 pesos y 2 tomines; aparte de sembrar y cosechar una chacra del encomendero de ocho fanegas de maíz o de trigo tasado en 62 pesos. Todo montaba 671 pesos (Miranda 1583b: 242-243).

Hay fuentes documentales que ameritan como los puquinas no solo tenían acceso a terrenos en el clima cálido del valle de Moquegua, sino también a islas donde las aves marinas dejan sus excretas que se convierten en el mejor abono orgánico para la producción agrícola (Lima. AGN-DIE). Hay que adicionar que no solo las comunidades de Puquinas Anansayasi no también los Urinsayas usufructuaban la isla guanera de Pocoguata, además de unas tierras de enclave en el valle de Tambo.

Lo estrictamente Puquina que pudo sobrevivir en el Colesuyo desde el Intermedio Tardío hasta los siglos del virreinato, se localizaba al oeste del reino Lupaca, regado por un riachuelo tributario del Putina cuando este ya tiene su quebrada bien formada. Su área nuclear distaba 150 kilómetros de Moquegua. Le tocaba Omate. Su clima es frío por estar al pie mismo de la cordillera volcánica del Quinistaquillas.

Omate

En cuanto a Omate hay que expresar que se localiza al pie del volcán más temible, hermoso y cónico del sur: el Quinistaquillas, llamado asimismo Huaynaputina y Omate; su cumbre es muy rugosa con dos cráteres y 15 kilómetros de circunferencia. Las nieves de Omate proporciona al río Tambo una de sus venas acuíferas más importantes. Como está ubicado al pie del estético volcán Omate ya enunciado, verdadera sublimidad erguido con imponencia en una vasta región removida en múltiples ocasiones por sismos y

erupciones, dicha primorosidad la transmite al centro poblado. A 15 kilómetros de Omate hay aguas termales, que descargan su líquido en el propio río Omate, que lo recorre bajando desde el altiplano de Usuña. La vertiente es tan poderosa que salta de una banda a la otra. Queda a 125 kilómetros de Moquegua (Stiglich 1918). Hay documentos de 1586 que le llaman «Repartimientos de Omate y Quinistaca», cuyos habitantes vivían derramados. Practicaban *capachuchas* o sacrificios humanos en honor a su volcán sagrado, enterrando en sepulturas a hombre vivos (Fray Diego de Porres. Barriga 1942, III: 196).

El valle de Omate estuvo ocupado por mitmas que dependían de las etnias Lupaca y Pacaje, desplazados temporalmente hasta allí para cultivar semillas de clima mesodérmico y cálido, como sucedía en las demás vegas de la región Colesuyo en terrenos debidamente linderados para evitar contradicciones entre sus beneficiarios. Omate, por lo tanto se trataba de un espacio fragmentado entre diversos grupos étnicos que dependían de sus señoríos nucleares del área lacustre altiplánica, bien que reconocían simultáneamente la autoridad de curacas o mallcos locales tocantes a sus mismas etnias. Se dividía en dos parcialidades: Anansaya y Urinsaya. Fueron reducidos en el pueblo de San Lino de Omate, junto con los Quinistacas y Ansi (AGN. Lima. Tributos 148).

La sede de su curacazgo autóctono estaba en Cuchuna, actual Torata, dividido en dos mitades: Anan (Moquegua) y Lurín (Torata). Como en el resto de los Andes en dicho cargo se sucedían los más capaces; de no haberlos se hacían cargo del oficio sus segundas personas (Ms. Lilly Library. Washington).

Carumas

Se ubicaba al noreste de Colesuyo, y aparecía de extensión tan grande como Ubina o tal vez más; se dilataba de este a oeste desde la cordillera de Carachara, Pavico o Irpavi hasta el río que después se llama Tambopalla —o simplemente Tambo—. De norte a sur aparecía tan vasto que va desde la división septentrional del Vizcachas hasta terminar por el sur en los linderos de Chillihua y pie del nevado de este nombre y del volcán Tutupaca. Chillihua es una altura desértica no tan lejos de Torata, en que se bifurcaba en dos el camino de Torata a Carumas y Lupaca; dista



75 kilómetros de Moquegua. Carumas es tierra de puna en plena cordillera, donde hay pampas tan amplias como las de Vizcachas y Chilligua. Por lo tanto practicaban la agricultura de tubérculos. Se alejaba 125 kilómetros de Moquegua, cruzando por la altura de La Apacheta y Torata. Desde allí se ve el Ubinas al noroeste, a 20 kilómetros de la quebrada de Carumas. Casi a 18 kilómetros de Carumas están las aguas témanles de Putina, cerca de este ayllu; brota a la superficie por todas partes con gran ruido, calienta al suelo que lo circunda con grados tan elevados que nadie podía pisar descalzo el piso (Stiglich 1918 / 1922).

En territorio Caruma también hubo mitmas localizados en aguadas interandinas, al igual que en Omate, Puquina e Ichuña, quienes fueron obligados a recibir mitmas de Colla y Pacaje. Se les enfrentaron los autóctonos de Chiribaya. Los carumas acusaron en cierta oportunidad a los mitmas Collas de entrar calladamente y sin consentimiento a sembrar un pedazo de tierra llamada Anata, por las que interpusieron una querrela judicial ganada por los carumas (Cañedo Argüelles 2004, 4: 24).

En una visita pretoledana, temprana, en este curacazgo fueron registrados 415 tributarios y 2.096 eximidos de aquel gravamen. Total: 2.511 pobladores concentrados en las dos reducciones de San Felipe de Coata y San Cristóbal de Saco o Saro. Se dice que también habitaban en el pago de Omo y otros en Samegua, Estuquiña, Huaracani y Yacacachi. Junto a los mitmas de Chucuito recibían la predicación cristiana de los dominicos (AAA. Málaga Núñez 1994: 162)

Empero el padrón toledano anota las siguientes cifras: 199 tributarios incluidos dos curacas; 42 viejos; 208 muchachos; 520 mujeres. Total: 975 habitantes. Cancelaban de tasa 886 pesos 4 tomines de plata ensayada y marcada; 70 piezas de ropa de algodón, que a dos pesos de plata montaba 140 pesos; 30 fanegas de trigo a 6 tomines, o sea, 22 pesos 4 tomines; 20 hanegas de maíz a 6 tomines, montaba 15 pesos. 56 gallinas a un tomin, rendía 19 pesos 4 tomines. Sumaba la tasa de Carumas 1.083 pesos y 4 tomines. Sus costas: 20 pesos para el salario del cacique; 275 para la doctrina; 24 para justicias y defensores. Pero habían más carumas: 1.121 individuos de otro encomendero, cuyos 216 tributarios daban entre plata, algodón, trigo, maíz y gallinas la suma de 1.177 pesos ensayadas y marcados (Miranda 1583b: 237-238).

Pocosi. Pocsi

Pocsi, bien que en cierto papel figura como *Potosí*, por error del escribiente. Pertenecía a la subregión Colesuyo y su ubicación precisa estaba al noroeste de las etnias Puquina y Omate; exactamente en las cabeceras de una quebrada que se forma, como es la de Quequeña, su vecina, al pie de una llanura enorme originada por los arrastres sucesivos de tierra de los empinados cerros contiguos y otros de la cordillera volcánica. Su agricultura pertenecía propiamente a los de puna y quebrada fría con peligro de algunas heladas. Su proximidad a Puquina hacía que formarían un dúo casi aislado y por consiguiente muy ligado en su felicidad. Por estar más cerca de la ciudad de Arequipa y muy lejos de la de Moquegua por caminos abruptos, fue anexada a la primera en el siglo XIX (Stiglich 1918).

Los empadronadores toledanos encontraron a 2.692 personas, de ellos 440 en edad de tributar y los 2.257 exonerados de dicha carga económica. Vivían en el pueblo de San Francisco de Pocsi.

Cochuna o Torata

De la etnia Cochuna todavía no se puede explicar nada, pues ya no existen sus restos, la hipótesis es que se extinguió sepultada por los relaves de una erupción volcánica del Quinistaquillas, que provocó un indescriptible terremoto. Se sabe que erupcionó en 1600, 1604, 1687, 1715 y 1784. Le perteneció el pueblo de Zunilata y su anexo Escapague.

Es posible que se trate de los Chuna, una etnia trasladada a Moquegua desde el altiplano, como castigo por haber practicado el uso de flechas envenenadas para liquidar a sus enemigos. Por cuyo motivo el incas que los conquistó dispusiera castigarlos cruelmente quemándolos vivos. A los de menor culpabilidad les obligó a trasladarse en calidad de mitmas al valle de Moquegua, a cinco leguas de su paraje, es decir 30 kilómetros (Vázquez de E. 1630: 531). Por la distancia consignada dicha etnia debió estar ubicada entre Lupaca y Pacajes. El traslado fue total, pues ya no se les vuelve a mencionar en sus asentamientos antiguos.

En el censo ordenado por el virrey Toledo se hallaron 87 tributarios y 344 liberados de tasa, reunidos

en el pueblo de San Mateo de Zunilata o Cunilaro. Total: 431 individuos, a los que —las etnias vecinas— les endilgaban el sobrenombre o apodo de *capangos*, o sea, cobardes o medrosos (Luca 1982: 219).

Al ser fundado el corregimiento de la provincia de Ubinas y Carumas le dieron nueve repartimientos: Ubinas, Pocsí, Carumas de Hernán Bueno, Carumas de Alonso de Carvajal, Cochuna, Omate, Quinistaca, Puquinas, Mitimaes de Diego de Peralta. Este corregimiento tenía en sí el valle de Moquegua que corre hasta el río Ilo, distrito del corregimiento de Arica, que fue desmembrado de la Gobernación de Chucuito. En él cogían mucha suma de maíz para llevarlo a las provincias del Collao y Chucuito en las alturas. El citado valle también produce frutales, gracias a su temple muy sano y bonancible (Miranda 1583 a: 175 / López de C. 1630, II: 103).

Manca

Así como por el oeste del altiplano Lupaca se extendía hasta el mar el espacio Colesuyo, en lo que corresponde al este —también desde el lago Puquinacocha— se expandía la región Manca. El eje que separaba ambas regiones era el Puquinacocha. Pero Manca no se encontraba inmediatamente de Carabaya o Callabaya y Larecaja, sino más allá, en la región selvática. Se piensa que estas regiones suministraban los productos alimenticios indispensables, adquiridos en otras ecologías tropicales para satisfacer a los habitantes de las grandes alturas. Con esta delimitación ecológica el espacio Aymara adquiriría el rol inherente a lo vertical en lo que atañe a la ubicación de pisos y nichos climáticos, tanto hacia la costa como al Antituyo. Manca está relacionado con mancaña o manquiri: «comer». Se advierte que hubo dos direcciones claves para los aymaras del Altiplano (Casagne 5: 50).

Ilo (Hilo, Ylo)

Cieza (1553: 425) lo describe como valle por el que salía un río de excelente agua. Su nombre antes, durante y después del incario siempre fue Hilo o Ylo o Ilo, como lo constata la documentación etnohistoria. Pero el río que lo riega hoy es denominado Osmore, realmente de escasa agua, pues desaparece en las

temporadas de secas serranas; cuando aumenta su volumen viene por oquedades y angosturas que imposibilitan su utilización. Bien que tierra adentro se ensancha en un gran llano en donde se juntan dos pequeños ríos que descienden de la altipampa de Lupaca que, precisamente, se unen a este famoso valle de Moquegua (Vázquez de E. 1630: 476). Un anónimo de 1682 le llama Hilos; su caleta estaba casi despoblada, realmente de muy pocos a nada de habitantes indígenas (RGI, I: CXLV).

Valle ubicado al suroeste de Moquegua, comprende gran parte de la quebrada de este nombre y secciones del litoral marítimo bastante largas de norte a sur de su desembocadura. De clima aunque calido es excelente permitiendo una buena agricultura y frutales, muchas chacras de maíz, guarangos, frijoles, pallares, ají, etc., de gran aprecio entre los habitantes del reino Lupaca y otros del Altiplano. El río de Ilo o Moquegua baja de los cerros de Carumas e Ichuña, marcando sus orígenes en las lagunas denominadas Los Ojos. Su valle produce abundante leña, bien que su quebrada es en gran parte del año sarmentoso por cargar demasiado y hacer daño con lluvias (Vázquez de E. 1630: 476 – 1409. / Stiglich 1918).

Sus asentamientos epónimos están localizados en Rocaverde, San Jerónimo de Ilo, Chiribaya Alta y el Algodonal en la porción baja del río, ya en el litoral; además del Yaral y Chenchén en el sector que bordea a Moquegua.

La cuenca del Osmore (Moquegua) comienza a 5.000 msnm, termina en el mar después de recorrer una distancia aproximada de 140 kilómetros. Lo alimentan los ríos Tumilaca, Otorá y Torata, que unidos a la altura de Moquegua forman el Osmore. Su cuenca tiene un ancho máximo de 25 kilómetros. La ciudad de Moquegua está en el punto más ancho, a 1.412 msnm, zona de la mayor amplitud de tierra cultivable. Las diversas alturas de las pendientes de las quebradas forman una ensanchada variedad de nichos ecológico (ONERN 1976). Por lo tanto, el valle tiene geografías distintas en su estrecho cauce. En el sitio de Yaral —a 55 kilómetros de Moquegua— se angosta para formar un profundo cañón, desaparece en canales subterráneos, motivando la tierra árida de 25 kilómetros. Más tarde reaparece a 400 msnm para formar el pequeño valle de Ilo-Pocos a veces desemboca en el mar. Pero da lugar a manantiales utilizados en la agricultura. En los meses de garúas —de junio a octubre— aparecen



lomas con herbazales empleados en la economía doméstica y agrícola; por su duración y abundancia las apreciaban los naturales (Cobo 1653: 88).

La *sociedad* originada y desarrollada en este espacio costeño recibe, desde mediados del siglo XX, el nombre de Chiribaya, que guarda similitud con el Tiahuanaco Tardío de la cuenca del Osmore-Moquegua, cuyos influjos culturales recibió. Su aparición coincide con el final del Horizonte Medio (Szykuliński 2010: 220). Centralizó su poder en el valle de Osmore No pararon hasta constituir un señorío conformado por ayllus o comunidades económicamente especializados, unidos bajo la autoridad de un señor supremo, con jerarquías concéntricas, donde cada ayllu tenía su unidad doméstica de elite, responsables de la producción y redistribución de bienes, entre sus componentes. Todos estos *aylluscas* bajo el comando de un señor mayor que sobrepasaba al de los especialistas y artesanos (Belán 1981: 27).

Su manifestación social más significativa comenzó en el ahora llamado El Algarrobal, con influentes manifestaciones hacia el norte, es decir, al valle de Tambo (Islay) y por el sur hasta el valle de Azapa (Arica). Tuvo estrecha relación con la cultura Churajón del valle de Arequipa: todo un despegue regional sureño. Aparece aproximadamente en el 950 d.C.—cuando el Estado Puquina (Tiwanacu) se desintegraba— y acabó hacia el 1450 al ser conquistados por los incas. En ese lapso se desarrolló el estilo Ilo (llamado Chiribaya por los arqueólogos).

En la zona media del valle, en el lugar de Chiribaya, habitaba un grupo cuyos restos funerarios demuestran que socialmente no estaban tan diferenciados como en otras etnias (Chuquibamba y Churajón en el valle de Arequipa). Con todo, determinadas personas que destacaban por algo recibían gran cantidad de ofrendas sin diferenciar sexos ni edades. Las momias ya naturales como artificiales fueron inhumadas en tumbas preparadas y claramente marcadas. Esta manera de manipularlas, dentro de conceptos de culto a los ancestros, concuerda con prácticas similares hechas con los incas. Es una demostración de que varias etnias coincidían en esta realidad cultural (B. A. PUCP 2003 7: 397). Chiribaya —Chiriwaya— es considerado un topónimo puquina por su terminación en *baya* o *waya* (Galdo R. 1985: 50).

A semejanza de lo que ocurría en los demás valles costeros y serranos, los ayllus aunque autónomos

permanecían integrados en distinto grado al señorío Chiribaya, por lo general gracias a la táctica de un señor supremo, que ostentaba la autoridad superior en el señorío; su influencia invadía lo económico y cultural de los ayllus. Presidía los rituales, reforzaba la ideología política y mágico-religiosa. Él simbolizaba el vínculo entre las parcialidades, magnificado más cuando fallecía, manifestándolo a través de rituales. Lo enterraban junto a otras personas. Constituía un diminuto Estado con su gente dividida en clases y rangos sociales, que lo exteriorizaban mediante sus tocados y maquillaje. En la situación de Moqueguallo, un solo valle constituyó un señorío; mientras en otras partes dos y más valles podían formar un curazgo fuerte mediante alianzas matrimoniales y conquistas violentas, aunque más primaba las relaciones pacíficas apuntaladas en regalos y enlaces conyugales.

Tan igual a los pueblos de otros valles de la costa andina, su gente supo adaptarse a su ecología apoyada en una economía de subsistencia de tipo agrícola, ganadero, de caza y pesca intercalados con trueques de productos regionales. Sus alfares fueron manufacturas con decorados de superficie bastante atractivas merced a los tintes extraídos de la cochinilla, del que derivaban el matiz rojo. Del índigo obtenían los azules y verdes. Sus camisas, bolsas y pañuelos lo confeccionaban con hilos elaborados en ruelas cortas que cabían en el cuenco de una mano, y husos con torteros. Tallaban la madera, a la que lo transformaban en queros muy vistosos con esculturas antropomorfas y zoomorfas, a veces incrustados con turquesas. Conocieron el uso de cucharas, tazas, jarras, y unas tapas en figura de trompos. Como es natural en las culturas del litoral, trabajaron la piedra y las conchas *Spóndylus*, de las que hacían collares, gargantillas y pulseras. En cuanto al oro y plata lo manejaban para hacer anillos, brazaletes, narigueras. Sus tocados son como cascos adornados con metales preciosos. Para ello empleaban las técnicas del martillado, laminado y repujado utilizando moldes. En lo que respecta a obras de construcción, primero aplanaban sus terrenos y levantaban andenes en los valles bajos. Sobre bases de piedra unidas con argamasa de barro levantaban sus paredes de quincha. A sus tumbas, en forma de cistas de planta circular y rectangular con tapas de piedras planas, las ubicaban en sitios libres de actividades domésticas; lo que anuncia que sabían separar los ámbitos sagrados de los profanos (Tejada Lewis 2008, I: 208-211).

Al litoral lo habitaban los pescadores camanchacas o changos especializados en su oficio, endógamos con idioma y curacas propios, mientras que la gente del interior hablaba colec y aymara, practicando una intensa agricultura, y en las ecologías altas mucha ganadería. Le pertenecía Pacocha, muy cerca, al sur, pueblo y caleta con un fondeadero superior al de Ilo. Al norte y sur se veían huacas inmensas, lo que revelaba haber sido una vasta y antiquísima población de pescadores. Pacocha es una playa despejada, sin marejadas y sin peñas a diferencia de Ilo. Distaban 19 leguas de Moquegua (Stiglich 1918). Dos sociedades en un solo valle. La exportación marítima, por sí sola, proporcionaba un flujo de calorías suficientes para mantener a las poblaciones que vivían en las playas y litorales. Agricultores y pescadores especializados, si bien podían acatar a un solo jefe máximo, cada cual tenía sus costumbres propias, separados geográficamente comercializaban o intercambiaban productos los de la sección alta con la baja; ceramistas existían en ambas partes. Estaban separados en clases y rangos. Los de la parte alta reciben el nombre de Tumilacas y los de baja eran los Ilos (hoy chiribayas), sin evidencias tangibles que hubiesen competido y peleado, hasta comían productos similares, incluso los de la parte central: El Yaral y Tumilaca, estos estuvieron distribuidos por todo el Osmore (Lozada y Jane 1002: 67, 74-75, 102). Practicaban la endogamia, excepto los jefes con miras a realizar y reforzar alianzas interétnicas. Las tumbas de los curacas recibían ofrendas de oro y cobre, metales no existentes en la zona. A sus jefaturas supremas los conducían en literas, las mismas que podían colocar en sus tumbas. Entre las mitades o parcialidades realizaban peleas rituales o *tincus*, única oportunidad de raptar y hasta tener acceso coital con las mujeres de otro ayllu, pero solo instantáneamente. Se deformaban sus cráneos desde criaturas, tarea que competía realizar a sus madres como símbolo permanente de diferenciación y entidad grupal y también para definir sus niveles sociales. Sus tocados exhibían la figura de dichas deformaciones (Ibíd.: cap V, VI).

Realmente se especializaban en alguna actividad. Las evidencias arqueológicas y biológicas, patentizan que vivían personas específicamente de la pesca en las playas de Ilo, con cráneos deformados en figura anular; en tanto que en otros sitios —Moquegua— eran agricultores como en El Algarrobal y

Yaral (en la chaupiynga), con frente occipital plana; así se distinguían los chiribayas; no vivían entremezclados, sino separados en sitios distintos. Por cierto que hubo lugares donde algunos pudieron convivir mezclados, y hasta había gente agricultora con cráneo normal. Los llamados Tumilacas se moldeaban incluso de modo parecido a los chiribayas, lo que hace pensar que entre unos y otros no había diferencia étnica (María Lozada y Jane Buikstra 2002: 128, 131, 133, 139).

Al fallecer ofrendaban a sus muertos cosas diferentes según los sexos. Sacrificaban niños y niñas a los curacas, aparte de enterrar vivas a sus esposas secundarias, práctica generalizada en la costa (Cieza 1553).

En la época de Francisco Pizarro se habla del curaca Pola con mando sobre 194 pescadores, de los cuales 20 vivían en el pueblo de Ilo en la desembocadura del río Moquegua; más la estancia Chigiri con seis pescadores; otro llamado Meca en la boca del Ilavaya o Iravaya, con 34 tributarios del curaca Casaveli; un tercer pueblo llamado Ite del curaca Guata, a orillas del mencionado río y con 25 tributarios. Un cuarto pueblo de pescadores, el de Piato de 12 tributarios del principal Ulli. Otro pueblo de pescadores llamado Tamanco con su principal nombrado *Llo*, con mando sobre 15 tributarios. En el pueblo de Parica el principal Moto con 26 tributarios. Y finalmente el pueblo de pescadores de Tacari del principal Machina con 40 tributarios. Es decir 173 tributarios, a los que hay que adicionar sus esposas, hijos y ancianos (Barriga 1955, III: 18). Todo señala que funcionaban tres niveles de control político. En el puesto más encumbrado aparece la figura del curaca Pola con su centro en Ilo. Enseguida figuran seis principales, y bajo ellos una estancia que solamente funcionaba para Ilo. Por lo restante, el lugar de residencia el curaca Pola, situado al extremo norte del valle, no configuraba un centro poblacional ni siquiera de mediano tamaño, pues, uniendo a mujeres e hijos de ambos sexos no llegaba sino a poco más de 100 individuos. El asiento Tacari, en cambio, el más alejado, albergaba a más de 280 habitantes.

Los Chiribayas o Ilos lograron poner en acción una formación político-social costeña centralizada desde el apogeo del Horizonte medio hasta el Intermedio Tardío, abarcando un lapso de 500 a 600 años. Supieron defender y conservar sus elementos culturales hasta que, a mediados del siglo XIV, inundaciones



y aguaceros asociados a un Fenómeno del Niño la hicieron colapsar (Lozada y Buirkstra 2002: 47).

En efecto, el primer asiento de pescadores figuraba en el río Ilo, ya que el pueblito cabecera de cacicazgo de pescadores se encontraba en la desembocadura del mismo. En el desagüe del Locumba se erguían otros dos poblezuelos: Ite y Meca, aunque el postrero un poco más al sur, o talvez en el curso me-

dio del valle. Los cuatro pueblos siguientes: Piaro, Tamantaco, Parica y Tacari son de difícil ubicación, bien que pudieron estar en puntos próximos a las desembocaduras de los ríos Sama, Lluta, San José de Azapa (Arica) y Citor o Codpa. Se presume que los pueblos de pescadores eran dos por río, entonces el límite sur del cacicazgo de Ilo pudo ser Parica (Hidalgo L. 2009: 156). Hacia 1620 en Ilo paraban 59 tributarios, 18 viejos, 22 muchachos y 109 mujeres (Vázquez de E. 1630: 656).

En Ilo e Ite fueron empadronados por los visitantes toledanos: 50 tributarios incluido un curaca; 18 viejos; 208 muchachos de 17 años abajo; 109 mujeres de toda edad y estado. Total: 385 pobladores. Pagaban de tasa 220 pesos 4 tomines de plata ensayada y marcada; 70 arrobas de pescado seco de la mar, a 4 tomines montaba 35 pesos; 12 aves de Castilla a un tomin, valuado en 14 pesos. Total de la tasa: 269 pesos y 4 tomines de plata ensayada y marcada. Desembolsaban 79 pesos de plata ensayada para su doctrinero: 4 para el cacique; y 18 para las justicias y defensores (Miranda 1583b: 237-238).

El río que forma el pintoresco valle de Moquegua, que corre de este a oeste, fue la frontera que dividía las jurisdicciones de las Audiencias de Lima con la de Charcas. El integro del valle con sus sembraduras localizadas en el norte perte-

neía a la Audiencia de Lima, por eso en dicha parte nombraba el virrey un corregidor para administrar justicia. La otra banda, la que caía al sur, correspondía a la Audiencia de Charca, donde se levantaba la capital (villa de Santa Catalina de Guadalcázar), en cuyo lugar es donde el gobernador de Chucuito (etnia Lupaca) designaba un teniente-gobernador, pues pertenecía a su Gobernación (Vázquez de E. 1630: 476).

Sama –Tarata- Putina

Por lo pronto, la fuente documental indica que el valle de Sama, con las otras parcialidades de Tarata y Putina dependían de los «caciques grandes» del curacazgo mayor de Pomata, una de las wamanis o provincias del reino Lupaca. Por entonces el valle inferior de Sama y sus anexos constituía un extenso y atractivo enclave ecológico del reino Lupaca; hay documentos que asevera que dicha jurisdicción alcanzaba hasta el mar mismo, de modo que la nación Lupaca poseía el puerto de Sama, de donde extraía peces y algas, además de maíz, ají, sal y guano. El visitador Garcé Díez de San Miguel (1567) encontró en dicho valle a muchos habitantes lupacas que trabajaban por turno generando productos subtropicales para enviar a sus señores del Altiplano. Se trata del denominado *control vertical de diversos nichos y pisos ecológicos* mediante mitimaes (Cúneo Vidal 1929, I: 399-400).

Otra cosa importante que controlaban en beneficio de la agricultura de Pomata, es el excelente fertilizante llamado *guano de islas*, para aplicarlo todas las veces necesarias en sus cultivos de las mesetas de su Altiplano. Los mitimas de Tarata, Putina, Estique y Turucache se abastecían del mencionado abono acumulado en

Ciertas laderas del moro de Sama y en algunos islotes del radio de aquél, posesión que las disfrutaron hasta bien avanzado el siglo xx. El que los lupacas hayan gozado de esta extracción es reflejo de las sabias disposiciones de los gobernantes, para que toda comunidad mediterránea poseyera guaneras, salineras y pesquerías en las orillas del mar. Este derecho fue reconocido para los ayllus de Tarata y Putina mediante un auto expedido por el corregidor de Arica, don José de la Ureta, en 1734. En su parte más impactante dice: *«Atendiendo al alivio y utilidad de la miserabilidad de sus naturales y al bien publico, siendo como son del bien común las isletas del guano de pájaros que hay en la costa de esta jurisdicción, sin que ninguna persona tenga derecho a ello por ninguna razón, causa ni pretexto, porque se debe separar. Y pues las medidas más convenientes para el alivio de los indios y por la suma escasez de guano que hay en la jurisdicción para el beneficio, sembrío y cultivo de sus sementeras, mando que José Gómez y don Miguel Rospigliosi y otra cualquier persona, no ponga el menor embarazo en la saca del guano de los dichos indios ni las dichas islas del*

morro de Sama, pena de doscientos pesos de a ocho en caso de contravención, o treinta días de cárcel». Dicho decreto fue ratificado en 1736, 1800 y 1806 por otras autoridades competentes (Ibíd.: 398-399).

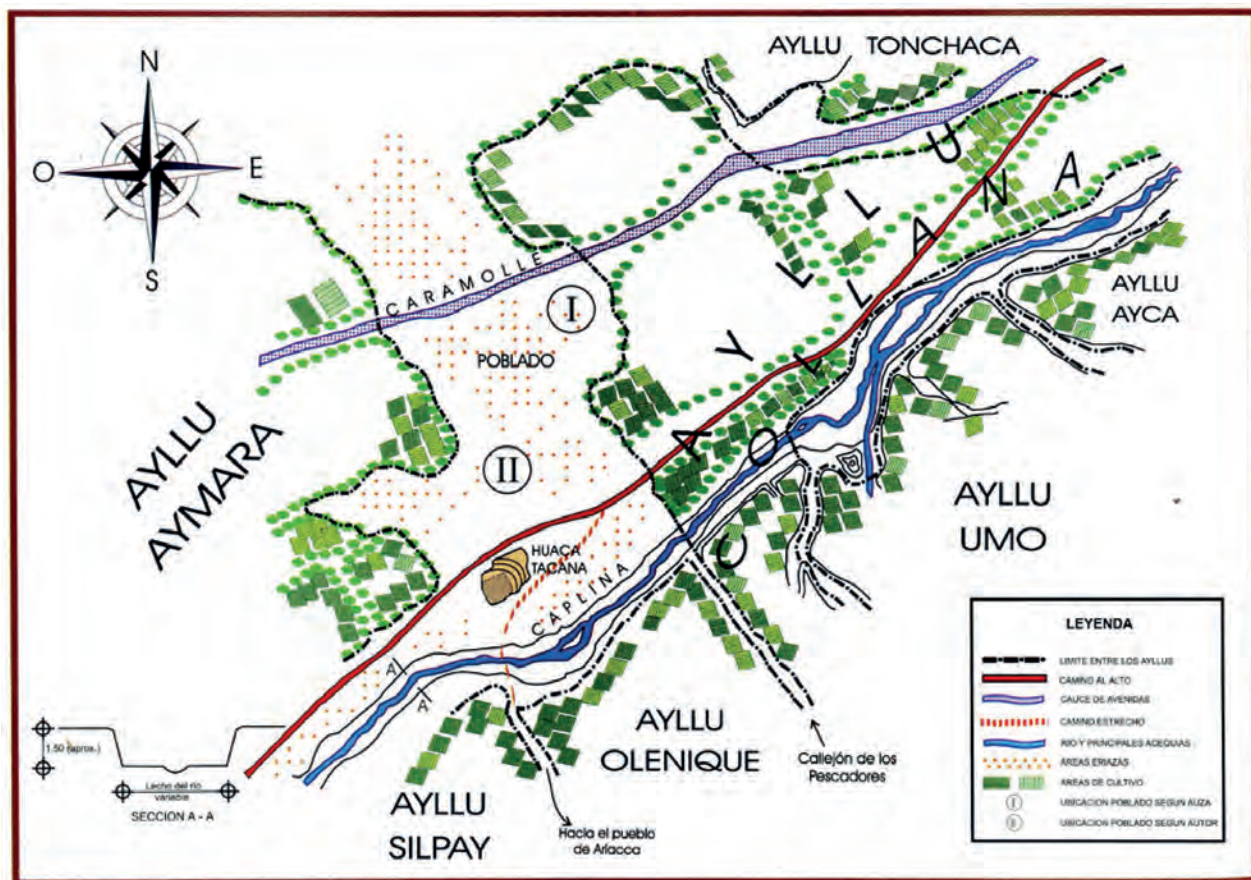
Los señores de Pomata se hacían representar en Sama por grupos domésticos sacados de los ayllus lacustres, los cuales con el título de *segundas-personas*, gobernaban, administraban justicia y vigilaban que todos cumplieran sus mitas dentro de estrictos turnos de trabajo debido a sus señores. Dichos curacas *segundas-personas* en Sama, Tarata y Putina tenían el apellido de Chambilla, aunque en Tarata también hubo un Ninaja, los dos naturales de Pomata. Chambilla deriva de *champi*: vara de mando o cayado de curaca, más concretamente el elaborado remate de metal de la parte superior del citado cayado (Ibíd.: 399-400).

Tarata proviene de tara, un árbol de la familia de las leguminosas, de tronco espinoso, cuya semilla es empleada en la tintorería para teñir de negro. Por consiguiente, Tarata puede ser traducido como *lugar de las taras*. Putina procede de *piti*: lugar donde brota el agua de una fuente termal; por lo tanto Putina es aguas calientes (Ibíd.: 393-4).

El desplazamiento de mitimaes lupacas estuvo perfectamente ordenado:

- 1° Los de Pomata fueron reubicados en Tarata, Putina y Sama, valle abajo alcanzado hasta Coruca. Atunsama, Poquera, Las Yaras, Siquina y La Quiaca.
- 2° Los chucuitos tomaron el camino a los valles de Lluta y Azapa, hasta tocar las playas de Arica. Dejaron su recuerdo en la ranchería llamada Chucuito en el ejido de la ciudad actual. Lluta alcanzaba hasta Uribaya; el de Azapa en Socoroma.
- 3° Los ilaves se encaminaron a los valles de Ilabaya e Ilo, Mirave y Cinto en el valle de Locumba.
- 4° Los de Ácora fueron a Tacana o Tacna, alcanzando hasta Para (Ibid: 390, 395-296).

Les interesaba tener acceso al ambiente húmedo y cálido del paisaje yunga para no perder el cultivo y cosecha de las hojas aromáticas de la coca, que la recibían como su mejor regalo de manos de sus señores curacas. Merced a dichos mitimas existía un flujo continuo de coca de la costa al Altiplano, al que podríamos llamar *la ruta de la coca*.



Valle de Tacana o Tacna Preinca (Luis Cavagnaro).

En el valle de Moquegua los mitmas lupacas se desplazaron hasta Torata. Cada uno de estos mitmas no se extralimitaba de sus linderos señalados. Esquivaban sus contactos con los changos y camanchacas o uros de las playas (Ibíd.: 396).

El valle de Sama se tipifica por su clima cálido, apto para el cultivo del algodón. Su mar tenía a la relativamente tranquila caleta de Sama, al pie del morro elevado del mismo nombre.

Cerca a Ite, al pie de Siquina está la desembocadura del río Sama, a 6 y $\frac{1}{2}$ millas al norte del cabo de La Quiaca. El desagüe de su río permanecía ocupado por camanchacas. La Quiaca, poco distante del punto de su desembocadura, es el lugar que tenía la singularidad de haber sido el dormitorio de las aves guaneras, donde dejaban sus deyecciones y polluelos. Concretamente, *iqui es dormitorio de aves de mar*. Ahí terminaba el cacicazgo de Ilabaya (Ibíd.).

El pueblo de Sama se ubica a la derecha del río de su nombre. Su situación es excelente, domina una

preciosa campiña, un lindo panorama gracias al verdor de sus campos.

En cuanto a Tarata, tenía como superficie la banda izquierda o meridional del río Sama, desde los linderos de los predios de Tacna hasta sus nacientes en la cordillera del Barroso, donde se levantan los imponentes nevados de Caparaja, Chuntacollo, Living, Aluta, Titire, Señoraca y Tutupaca, comprendiendo solamente tierras de serranía, por lo que su temperie es fría. La quebrada del río Sama es profunda, por lo que pocos constituían los lugares de extensos terrenos de cultivo. Su clima es magnífico, sus terrales de producción extraordinarios gracias al uso de guano de pájaros. En sus laderas altas criaban ganado en pastos naturales, empleado en el acarreo de metales, productos de pansembrar y frutas hacia el Altiplano collavino. También poseía minas de plata y cobre (Stiglich 1918).

En lo tocante a Putina, apenas conocemos que fue una aldea con bofedales, es decir, pantanos con pastizales cerca de Tarata.

Tacna – Arica – Tarapacá

De Quilca a Sama, Lluta y playas de Arica, ruta de más de 40 leguas, se sucedían algunos valles angostos con producciones semejantes a los de atrás, aunque no en abundancia por ser estrechos. Con todo, antes de proseguir hay que recalcar que esta larga costa hasta Loa se compone de valles que empiezan en las quebradas y vertientes de la cordillera, que en su mayor parte finalizan en las playas del Pacífico. Los intermedios de valle a valle en estas zonas son áridos e infructíferos, salvo algunos que sirven para pastos naturales en los médanos donde cae la corta llovizna llamada *garúa*, desde mayo a septiembre, que genera las denominadas *Lomas* o Herbazales. En los valles que por lo general son fecundos, por no faltarles agua cogían bastante maíz y frutas en abundancia. Cultivaban algodón y, en especial, mucho ají que lo comerciaban con las etnias serranas. En las alturas, hacia la cordillera criaban camélidos y sembraban papas, particularmente en los altos de Ilabaya. Para labrar sus tierras se valían del guano: estiércol de los pájaros

Llamados *guanayes*, lo traían de una isla inmedia-ta a la costa llamada Iquique (Bueno 1765: 46-47).

La documentación no es tan explícita para aclarar el mapa étnico de este espacio. Solamente los informes de la Visita Toledana permiten conocer una serie de pequeños cacicazgos que fueron distribuidos por los españoles en forma de *repartimientos* o *encomiendas*. En tal sentido podemos conocer la cantidad de estos modestos cacicazgos, sin llegar a determinar cuáles hayan podido alcanzar la forma de señoríos con los ámbitos de dos o más valles. Veamos lo que se saca de la referida visita:

En el área por donde el gobierno virreinal estableció el corregimiento de Arica, existían seis demarcaciones internas con el nombre de *repartimientos* que resultan a veces confusos, como quedó enunciado, para dilucidar a qué etnias correspondían. Lo que si está transparente es que la gente estaba dividida en agricultores y pescadores, de los cuales los primeros constituían los más numerosos, por lo que el trabajo en las mingas y mitas agrícolas era mucho más importante que la de los segundos. Se nota que las relaciones entre pescadores y agricultores variaban de valle a valle. Desde luego que entre los pobladores de aquel litoral el prestigio de unos y otros no era

perceptible para la gente de etnias distintas, aunque los habitantes del Altiplano si sabían diferenciar su estatus al compararse con los del litoral del oeste (Hidalgo L. 2009). Comenzando de norte a sur son las siguientes:

1° Ilabaya

Con 299 tributarios y 1.468 exonerados. Total: 1.767 habitantes reducidos en el pueblo de Los Apóstoles de Ilabaya (Miranda 1583 a: 173). Ilabaya está a 29 leguas de Ilo y 8 y 1/2 de Locumba. Por su valle corre el río de su nombre, cuyo origen más remoto se encuentra en la cumbre del volcán Tutupaca, su quebrada es estrecha.

Es el valle que fue copado por ayllus de mitmas lupacas, cuyas unidades domésticas fueron sacadas de la wamani de Ilave, los mismos que también fueron enviados a Ilo e Islay o Ylay. En Ilabaya ocupaban las tierras de Mecalaco, Capilluni, Carampane, Umalso, Huallatiri, Sajata, Charachara, Coossa, Colchuna, Ancocollo, Chejalla, Palca, Acumali, Tintenuapampa. Caribaya, Ilabaya y Candarave, todas aquende el Yucamani y Tutupaca. Puede que trajeran de su tierra el nombre de su etnia provincial: Ilave, pero bajo la variante Ilavaya. También dejaron impresa la huella de su nombre y procedencia andina en Ilo, playa sobre el mar; y el nombre de Ylay o Islay. Los ilaves no se diferenciaban de los pomatas que se establecieron para originar los curacazgos de Tarata, Putina y Sama; de los ácoras que fundaron el cacicazgo de Tacna, y de los chucuitos que instituyeron el cacicazgo de Lluta, Azapa, Arica y Camarones. Ilabaya procede de Yla, que significa «los mayores» en sentido de mayorazgo o principales entre los diferentes linajes lupacas; mientras que *abua* es tejer, telar. Entonces Ilavaya quiere decir telar *grande o pueblo cuya mayor ocupación es el tejido*. El asiento poblado de Candarave se componía de tres ayllus: Candarave, Chulunani y Camilaca-Chico (Cúneo V., I: 131-132, 451). Ilabaya tenía dos anexos: Candarave y Locumba (Bueno 1765: 48).

En la provisión del 22 de enero de 1540 firmada por Francisco Pizarro donando Ubinas, Carumas y Cochuna (Moquegua) a favor del encomendero Lucas Martínez Vegazo, ahí numera el pueblo de La Quiaca, en la boca del río Ilavaya, con 30 tributarios con su cacique Caxavila, y otros 30 en el pueblo de Ite. Según las provisiones de encomienda, producían



coca, algodón para tejer y hacer ropa, paños pintados; mucho maíz; ají; cabuya para látigos, alpargatas, jáquimas y bastos (aparejos o alabardas) para camélidos y más tarde adaptados para caballos. También pescado fresco y seco, sal, cueros de lobo marino, platos de palo, escudillas, forraje y leña (Cúneo V, 1919, I: 441-443).

Los censadores toledanos empadronaron en el repartimiento de Ilavaya a 299 tributarios, incluidos 4 curacas; 72 viejos; 342 muchachos y 755 mujeres. Total: 1468 habitantes. Tributaban 1.327 pesos de plata ensayada y marcada; 80 piezas de ropa de algodón por mitades, a dos pesos montaba 160 pesos; 80 fanegas de trigo a 6 tomines, redituaba 60 pesos; 60 fanegas de maíz a 6 tomines, significaba 45 pesos; 20 cestos de ají a 6 tomines representaba 15 pesos; 120 aves de Castilla a tomín rendía 15 pesos. Total: 1.622 pesos 4 tomines. Los egresos: 471 pesos para la doctrina; 205 para justicia y defensores; 80 para los caciques. Total: 756 pesos. Quedaban para el encomendero 581 pesos de plata ensayada y marcada (Miranda 1583b: 241).

La comunidad de Ilabaya tenía entre sus bienes una isla guanera para abonar sus chacras de maíz y ají. A dicho fertilizante lo conducían en llamas a cargo de arrieros (Galdo R. 1987: 57).

2ª Ite, en el valle de Locumba

Del valle de Moquegua, camino rumbo al sur por un despoblado de 10 leguas de arenales inhabitables se llegaba a Locumba, formado por dos ríos que bajan de la sierra y confluyen cerca de una población o reducción, aparte de unos puquios de agua potable. Valle lleno de chacras de maíz y ají en abundancia en virtud a su fertilidad, cual un pedazo de paraíso. Abundan las lomas. La gente vivía apartada de conformidad a la ubicación de sus sementeras (Vázquez de E. 1630: 477,478.).

Con 50 tributarios y 199 eximidos. Total: 249 pobladores reducidos en el pueblo de San Antón de Ite.

Ite o Yte en su origen es el río Locumba o Salado. El valle se alarga desde el pueblo de Chiribaya hasta el precioso predio de Ite, río abajo, cerca al mar, a 12 y 1/2 leguas al SW Locumba. Puntualmente del Locumba sacaban el agua por un canal para el regadío de Ite. La citada correntada cae al océano al oeste y a 26 millas de la punta de Coles, o sea, a cuatro de la de Sama, enseguida de un barranco. El agua del canal

también va al mar a una milla al sur de la boca del Locumba. En la desembocadura se forma la caleta de Ite que en el invierno casi siempre es inabordable por sus fuertes tumbos, pero es una caleta abrigada por una punta rocallosa al lado meridional. El fondeadero está afuera de la rada en 10 brazas. Frente a ella hay una isla habitada por muchas aves guaneras (Melo 1913 / Stiglich 1918b).

3° Sama

A cinco leguas al sur de Locumba, valle grande con generosas chacras de cultivo maicero en una excelente ecología y el extraordinario uso del guano, abono de primera calidad, al extremo de obtener mil fanegas de una de sembradura. La abundancia de ají es otra de sus virtudes con cerca de 200.000 cestos por año, riqueza expendida en el altiplano. Su situación es magnífica, es una primorosa campiña, el verdor de sus campos conforma una subyugante panorámica. A 12 leguas está Arica (Vázquez de E. 1630: 478).

Igualmente producía algodón. De mucha población y a 10 leguas de Tacna. Posee la caleta de Sama al pie del moro elevado del mismo nombre, relativamente tranquilo (Melo 1913). Un documento del siglo XVIII asegura que pertenecía al Gobierno de Chuchito, del que conformaba su puerto.

En las alturas del río Sama, se situaban las poblaciones de Tarata y Putina, ambos de buen clima con pastizales, ganado y parcelas de maíz (Vázquez de E. 1630: 478).

Tacna o Tacana y valle del Caplina

El valle de Tacna es el resultado de la profunda erosión hecha por el río actual en los aluviones más antiguos. Hay que suponer que el río actual es ahora menos caudaloso que en épocas pasadas, para poder justificar el enorme delta que existe. En general el ancho del valle es de unos cuatro kilómetros aguas debajo de la ciudad de Tacna. Aguas arriba de la confluencia del río Uchusuma el ancho es dos kilómetros más o menos, hasta el extremo superior del agua irrigada, límite que está a unos 12 kilómetros aguas arriba de la confluencia (Conkling 1938: 140).

Al ser fundado el corregimiento de Arica quedó constituido por seis repartimientos, que no eran otra cosa que modestos señoríos y espacios cacicales:

Tacna, Tarata, Candarave, Ilabaya, Codpa y Belén. Veamos a cada cual por separado.

- 1° Repartimiento de Tacna, con 9 ayllus: Alanique, Collana, Aymara, Silpay, Humo, Ayca, Capanique. Calama y Tacna.
Bien que en el valle y sus haciendas se contaban: otra parte del ayllu Calama, pueblos de Paschía (sic) y Tacora. Ayllu Cosapilla, Caplina, Taquila. Pueblo de Estique. Valle de Zama.
- 2° Repartimiento de Tarata. Sus ayllus Lancata, Guanacuni, Collana y Yunga.
Pueblos de Tarata, inexistente; Turucachi, Maure, Ticaco, Charpaya. Ayllu Anacmaya.
- 3° Repartimiento de Candarave. Pueblo y ayllu de Candarave. Ayllu Camilaca Chico.
- 4° Repartimiento de Ilabaya. Pueblo de este nombre. Ayllu de Bergoña, Marganatu y Sagllo. Pueblo de Locumba.
- 5° Repartimiento de Codpa. Sus ayllus: Capanique, Collana, Pachuca. Pueblos de Esquisa (?), Timar, Vinayata, Livilcar y Ticna.
- 6° Repartimiento de Belén. Sus ayllus Mamasaua y Aransaya.
Pueblos de Pachama y Guallatiri.
Pueblo y mineral de Choquelimpi.
Pueblos de Caquena, Putre, Socoroma,
Pueblo de Sora y ayllu Chureña (AGN. Lima. Tributos 124. Año 1806).

Tacna

Al sur del río Sama, es un valle hermoso con terrenos que gozaban de abundante agua hasta su parte más baja, aunque no alcanzaba a desembocar en el mar. Su litoral carecía de importancia por faltarle incluso pesquerías establecidas. Pero su valle, en el perímetro regado por el Caplina, es pródigo en productos agrícolas hasta donde discurrían sus aguas, aunque a veces, por ausencia de lluvias en las alturas cordilleranas, la azotaban sequías encareciendo la vida de sus pobladores. Dista 10 leguas de Sama y 14 de Arica. Está a 560 msnm en medio de un arenal sin recursos, salvo el líquido proporcionado por el escaso Caplina. Su mayor largo es de NE a SO y su mayor ancho escasamente llegaba a 800 metros. El Caplina, llamado también Yacua, alcanza 1750 kilómetros cuadrados de superficie de cuenca, 80 kilómetros de largo y un

gasto medio de 1.3 de metros cúbicos por segundo. Por lo tanto, es paupérrimo de caudal, por lo que se agota antes de entrar al océano (Stiglich 1922).

En 1538, en la cédula de encomienda enunciada, ya se menciona el «pueblo de Tacana o Tacna», administrado por su curaca Astaca secundado por seis principales que le debían subordinación. Pronto en otro pliego similar redactado el 22 de enero de 1540 se habla de 1.400 tributarios, la mayor parte aymaras (lupacas), gobernados por el curaca Istaca. Este señor con 800 hombres fue encomendado en Pedro Pizarro y los 600 sobrantes al español Hernando de Torres. Bajo el comando del segunda-persona, a parte de otros 40 tributarios que vivían «mezclados» con los habitantes de Tacna, bajo el gobierno de Capanique y el principal Talasi. También dio en encomienda los 27 pescadores de la desembocadura del río Sama y Capanique, avecindados en el pueblo de Chichi con su principal Seelsoco; más seis en el pueblo de Anaquina con su principal Maquí, y otros ocho en Arica con su principal Sucutila. Total de encomendados: 1.006 tributarios (Barriga 1939, I: 41), cifra sacada de los 1.481 tributarios, de 18 a 50 años. Sumadas sus esposas, hijos y ancianos que conformaban las unidades domésticas, el curacazgo de Tacna ascendería a 7.405 habitantes favorecidos por el buen clima y potencial agrícola del Caplina, más sano y productivo que los de Lluta y Azapa, en los cuales la malaria aparecía endémica. Un tercio pudieron ser camanchacas. En Tacna paraban mitmas de Tarapacá y en Codpa residían mitmas carancas. El de Tacna-Caplina configuraba, pues, un valle de numerosas pobladores si lo comparamos con las arroyadas occidentales que se sitúa al sur de Tacna.

En 1540 albergaba a 800 tributarios (4.000 habitantes en total), bajo el gobierno de su curaca Istaca (Barriga I: 40-41).

El repartimiento de Tacana estaba muy poblado. Los censadores toledanos encontraron 660 tributarios incluidos 4 curacas; 134 viejos, 683 muchachos y 1.372 mujeres. Total: 2.848 habitantes. Les exigían por año 2.624 pesos de plata ensayada y marcada; 200 piezas de ropa de algodón, por mitades, a 2 pesos montaba 400 pesos; 160 fanegas de trigo a 6 tomines sumaba 120 pesos; 100 fanegas de maíz a 6 tomines ascendía a 75 pesos; 80 arrobas de pescado seco de la mar a 4 tomines producía 40 pesos; 178 aves de Castilla a tomines redituaba 61 pesos. Total: 3288 pesos



de plata ensayada y marcada. Se dicha suma extraían 550 pesos para la doctrina; 412 para justicias y defensores; 130 para los curacas. Todo completaba 1.092 pesos. Restaban para el encomendero 1.532 pesos y las especies. Su primer encomendero fue Pedro Pizarro, vecino de Arequipa, por gracia de su hermano Francisco; le sucedió su hijo, aparte de las pequeñas encomiendas de Cuquivaya y Colani con un total de 90 tributarios (Miranda 1583b: 239 240).

En un censo posterior fueron enumerados 660 tributarios y 2840 eximidos de tasa. Total, 3500 pobladores multiétnicos, característica de los valles yungas de esta parte occidental del Tahuantinsuyo, zona de convivencia endogámica de diversos grupos de procedencia colla y aymara del altiplano. La alta cantidad de población en Tacna denuncia haber conformado un curacazgo autónomo de origen lupaca y, hasta cierto punto, hegemónico frente a otros ayllus de mitmas y oriundos, como los pescadores de sus playas. Tacana es un fonema para indicar que, después de la plata nativa, es el mineral de más alto valor, por contener dos tercios de plata y poder ser fundida en las *guayras* (hornos de fundición). En consecuencia, al metal rico de plata pura, llamaban tacana (Vásquez de E- 1630: 578).

El río que pasa por Tacna es el Caplina. Su descarga anual promedio es de 90'000,000 metros cúbicos. Su mínima, 53'000,000 metros cúbicos. Su mejor afluente: el Uchusuma, descarga 32'000.000 metros cúbicos. El consumo esencial del agua se estimaba en 26'000.000 metros cúbicos: poquísima es la que vertía al mar, aunque por filtraciones si llegaba más. La zona irrigada del valle de Tacna abarcaba aproximadamente 2.600 hectáreas de maíz, papas, árboles frutales algodón, pastos y otros productos (Conkling 1938: 139). En suma, el valle de Tacna es de escasa agua, nunca llega al mar ni al pueblo, bien que valle arriba hay abundantes sembrados de maíz, ají y otras semillas (Vásquez de E.1630: 479).

En el valle de Tacna existían dos canales de regadío: Caplina y Uchusuma, cuyo volumen variaba según las estaciones, cosa común y corriente en las arroyadas sometidas a riego en el valle de Arica. Los citados cequiones abastecían a 27 pagos poblados por 10.000 agricultores agrupados en Anansaya y Lurinsaya. Lo que supone la buena distribución del líquido elemento era para proporcionar regadío a todas las unidades domésticas del entorno del perímetro tac-

neño. Los turnos los llevaban a efecto tanto de día como de noche (Cúneo Vidal 1929, I: 352, 355).

En relación a la corriente del río Caplina, el valle es alimentado por una derivación trasandina, captada en los tributarios del río Desaguadero. Las aguas corren por el río Uchusuma, contributivo del Caplina. Rara vez alcanza el agua del Caplina a salir de los predios de Para, que se halla a tres kilómetros aguas abajo de Tacna, y esto solamente en épocas de avenidas extraordinarias. El área cultivada del Caplina (valle de Tacna) es, pues reducida: comprende desde Miculla hasta Para, pasando por Pachía, El Peligro, Calana, Piedrablanca, Los Lotes, Pacollay, Picchay, Las Vilcas y Tacana o Tacna (Conkling 1938: 140-141).

Al ser reducidos en los tiempos de Toledo, fueron fundados los pueblos de San Pedro de Tacna, San Martín de Codpa (por error Copta) y San Pablo de Lagia. Valle de Tacana le llama un cronista, quien agrega que es «pueblo de indios, fértil». Distaban 37 leguas de Tarapacá y 80 de Arequipa (Vivar 1558: 8)

Tacana expresa en aymara «*para golpear*», tratándose de piedras de cierta forma y tamaño. Tacanas son las que echaban mano en la construcción de pircas, o sea, muros de contención de las eras, dispuestas en gradería; abundaban en el valle inclinado de Tacna, en la base de la cordillera hacia las orillas del mar. En consecuencia Tacana, convertido en Tacna por los españoles, es el nombre del tramo del valle donde las dichas graderías eran frecuentes (Cúneo V. 1929, I: 320). En los documentos más antiguos se le nombra valle de Tacana (Valdivia. La Serena, 15-X-1550: 35, 56). Otro autor le llama valle, asiento y pueblo de Tacana (Vivar 1558: 119). Estaba a 40 leguas de Arequipa (Calvete 1567: 407).

Pertenecían a este curacazgo los lugares de Pachía, donde represaban el agua para repartirla hacia abajo; Huaylillas; Palca; Tocuco Pocollay; Ullari, poblada por olleros; luego los siete pagos clásicos de Collana —integrado por los principales—, Copanique Grande y Copanique Chica, Umo —ocupado por shamanes adivinos y curanderos—, Aica o Laica —habitada por brujos hechiceros—, Aimaraes —tal vez mitmas traídos de la etnia de igual nombre en lo que hoy es el departamento de Apurímac—. Luego Olanique y Tonchaca. También es digno de mención Para, nombre de la hacienda solariega de los recordados caciques Ara; es la última área agrícola de Tacna, realmente allí comenzaban los cultivos del valle tac-

neño. Asimismo Caplina, el canal de Uchusuma que lleva sus aguas al valle de Tacna; y el cerro Arunta, hacia el final del valle de Tacana, en dirección suroeste, en el camino para Arica; y el cerro de Sagollo. Por igual, no se debe preterir el topónimo Callao, ahora un barrio de Tacna; al parecer derivado de *cayay*, que es «llamar o invocar» para curar las enfermedades síquicas. Enseguida existía un Vilauta, que pudo estar vinculado a ritos relacionados a la aspersión de sangre; asimismo Intiorco o cerro del Sol y Miculla, es decir, lugar de los banquetes públicos, común en la sociedad andina con asistencia de nobles y campesinos para confraternizar comiendo y bebiendo al mismo tiempo (Cúneo V, 1929: 319-320, 323-325).

A más de las reducciones ya anotadas, Tacna comprendía múltiples anexos dependientes: Pachía, Pallagua, Caplina, Toquilla y Estique, Copta, Pachica, Esquiña, Timar, Tignabnar, Sacsama, Befien (Belén?), Pachanga, Socoroma, Putre, Parinacota, Choquelimpe, Huayaquiri, Sora, Paconchile, Libilca y Umagata, Tarata, Ticaco, Chaspaya, Turucachi y Maure (Bueno 1765: 48).

En Tacna, a nueve leguas del puerto de Arica, es donde vivía el curaca don Diego Ara, de gran inteligencia en las actividades mercantiles. Rico y poderoso con su astucia y discreción tuvo suficiente maña para ser respetado y obedecido, no obstante de vivir en concubinato con su prima hermana. Fue hijo de padres de vida modesta, pero él llegó a ser —económicamente— un poderoso hombre que hasta el obispo del Cusco le dio licencia para que recibiera la comunión sin ser previamente examinado si estaría o no preparado para ello, pues era indígena. Murió lentamente en 1588 envenenado por un sobrino suyo, que le convidó una bebida preparada por un hechicero, fue imposible salvarle la vida pese a los contravenenos suministrados, preparado por un curandero. Al término de sus horas, por su mandato, fue sacrificado un cordero. La justicia real juzgó y castigó al homicida y confiscó los bienes del difunto por idólatra, bien que la Audiencia de Lima ordenó devolverlos a sus herederos, quienes reclamaron con el argumento que el citado curaca fue cristiano nuevo, todavía ignorante de los misterios del catolicismo (Álvarez 1588: 274, 410-411).

Un documento de 1755 ofrece el siguiente listado de ayllus sin señalar la mitad a la que pertenecían: Tonchaca, Capanique, Aica, Umo, Olanique, Colla-

na, Silpay y Aymara. Uno de estos ayllus ocupaba las tierras de Codpa, que comprendía 13 *pagos* (tierras destinadas a heredades, en especial a vides); en la provisión de Francisco Pizarro se mencionan 400 tributarios en dicho lugar. Estos tuvieron sus guaneras, mientras los pescadores changos ocupaban las playas en la caleta de Vítor. Cada curaca de Anan y Lurin tenía su respectivo *yanapaque* o *segunda-persona*. Todo lo cual indica la enorme influencia aymara en Tacna. En 1594 el visitador de tierras, don Alonso García Ramón, empadronó a 8000 personas repartidas en 14 ayllus gobernados por dos curacas; en menos de medio siglo de invasión habían disminuido 2000 habitantes. Por aquella fecha era cacique de Anansaya don Diego Caqui, y de Lurinsaya don Pedro Quea, nietos ambos de Catari Apaza en madres distintas. Al opulento don Diego Caqui, que murió en 1588, le sucedió su hijo don Diego Ara. Las referencias anteriores constatan la existencia de diferentes grupos políticos en la zona baja del Lluta (Cúneo V. 1929: 330-331, 255-256, 358-359).

4º Lluta

Después del Valle de Tacna se sitúa el de *Chacalluta*, ambos bastante cerca, sobre todo en sus desembocaduras. Es productivo. 16 leguas valle arriba cogían abundante maíz, gracias al uso del guano de islas. Por cierto que lo más opulento del valle estaba desde el mar hasta el tambo de Guanta, camino a Potosí; por allí se vislumbraban predios con sementeras de maíz y otras plantas. En medio estaba el pueblo de Lluta, a 14 leguas de Arica. Ya no es de clima caluroso aunque tiene muchas aguas y arboleda. De allí se subía a Copataya, sierra de atmósfera helada, a 20 leguas de Arica. De Copataya el camino proseguía a la provincia de Carangas (Vázquez de E. 1630: 479-1414).

Denominada también Yuta, no muy lejos de Arica, es una valle formado por la quebrada del mismo nombre que baja del Tacora. Es una cuenca hidrográfica de más de 150 kilómetros de largo y una hoya de 3.450 kilómetros cuadrados de superficie de cuenca, y un gasto promedio de 2 y ½ metros cúbicos por segundo (Stiglich 1922). En su trayectoria capta una serie de afluentes que drenan desde las pendientes occidentales de los Andes y escurrimientos estacionales desde el oeste, generados en la sierra de Huaylillas, lo que produce un caudal permanente que alcanza la costa con 1.15 a 2 litros



por segundo, promedio obtenido en las postrimerías del siglo xx. Su hoya es dividida en tres sectores: Baja, Serrana y Altiplánica. La primera abarca unos 80 kilómetros hacia el interior, a 2.500 msnm y con 4.100 hectáreas; a su vez se la ha dividido en tres sectores ecológicos: Valle Costero, Valle Fértil y Valle Intermedio o Chaupiyunga. Es la sección más ancha y de mayor potencial agrícola, con un clima libre de heladas, aunque con agua y suelos salinos. El valle mismo de LLuta envolvía la parte baja del río, o mejor dicho desde un poco más arriba de Molinos y el mar en Chacalluta. Los caseríos de su comprensión se localizaban a una y otra banda del sugestivo valle que forman el río y su quebrada. Como su clima es cálido producía maíz y ají. Es comprensible que fue en el Bajo Lluta donde se concentró la actividad agrícola. La zona serrana es muy encajonada y profunda con limitada actividad humana. La altiplánica es la productora de pastos y ganados (*cfr Melo 1913 / Calogero et al 2000: 87-89*).

Algunos grupos de agricultores, organizados segmentariamente, sin un gobierno centralizado, radicados en la parte más prolifera del valle, a unos 15 kilómetros de la costa, controlaron enclaves en la porción baja de este valle durante el período de los reinos combatientes (c. 1100-1400 d.C.). Fue la época en que los grupos altiplánicos accedieron en forma indirecta a esas tierras y no como asentamientos directos controlados por los reyes de la altiplanicie. Sin que esto quiera decir que los altiplánicos y los del litoral hayan dejado de mantener intercambios y cooperación a partir de acuerdos interétnicos desde sus centros secundarios localizados en las tierras de Arica, o a través de formas más directas de interacción ligadas a redes de parentesco, gracias a la verticalidad escalonada. Se percibe una distribución espacial con los grupos étnicos locales: Camanchaca, Cole y Caranca, tal es el resultado de los análisis arqueológicos y etnohistóricos. Tal sería la forma del control de los valles occidentales, con una organización social pequeña y segmentada y sin gobierno centralizado; pero que trataron de controlar la zona baja de los valles desde el litoral hasta unos 70 kilómetros al interior ya desde los años del Intermedio Tardío, como ocurrió en Quives-Collique. Ya en el incario esto pasó a ser administrado por los soberanos del Tahuantinsuyo, quienes lo acentuaron con gente venida de Caranca no solamente a LLuta sino

también a Azapa-Socoroma y Belén, controlados directamente desde Atuncarancas, en el Altiplano sur del lago Puquinacocha. Otros centros terciarios de productividad fueron Guator y Chapija en Azapa y LLuta, respectivamente. Los secundarios se situaban en Socoroma y Belén en Arica. También hay que enfatizar que esta verticalidad escalonada en el LLuta estaba saturada de grupos multiétnicos, procedentes de varias unidades étnicas del Altiplano (Ibíd.: 81, 83, 86).

En suma, en el Intermedio Tardío el valle costero de Lluta paraba controlado por población de origen local, constituidos en unidades políticas independientes o no, posiblemente con alianzas entre ellos. Por su parte, es el valle medio el que presenta la situación de haber sido compartido por una agrupación de origen altiplánico y otra de procedencia local (Ibíd.: 105).

En los tiempos incaicos hubo presencia de población altiplánica de naturaleza mitma. Fue después que Tupac Inca Yupanqui conquistó a los reinos lacustres que circundaban el Puquinacocha. Fue este soberano el que llevó a grupos de Pacajes para cultivar maíz en el valle de Cochabamba y otros a las costas de Arica y Arequipa (RGI, II: 338 [965]). De manera que podemos afirmar que los límites surcosteños de Pacaje eran Arica y Tacna (RGI, II: 334). He ahí porque la cerámica Saxamar (Inca-Pacaje) se encuentre en Arica y Arequipa.

La presencia Inca del Cusco es minoritaria, la cerámica encontrada allí apenas representa el 3 % y corresponden a intromisiones tardías. Lo que indica que las comunidades que vivieron ahí preferían los bienes de origen local para sus rituales funerarios y otras actividades realizadas en ámbitos domésticos vinculados a los ciclos de vida de la gente, producción agrícola, etc. (Calogero et al. 2009: 98-102).

En la época del virrey Toledo, Lluta constituía el escenario de 186 tributarios incluidos dos curacas; 54 viejos; 176 muchachos; 379 mujeres. Total: 785 personas concentradas en la reducción de San Jerónimo de Lluta. Tributaban 920 pesos; 80 arrobas de pescado seco, que a cuatro tomines montaba 40 pesos; 56 gallinas a un tomín rendía 7 pesos. Total: 1,012 pesos de plata ensayada y marcada. De los egresos separaban 350 pesos para la doctrina; 127 para justicias y defensores y 30 pesos para salario de los curacas (Miranda 1583b: 237-238).

Con respecto a sus habitantes, el valle de Lluta estuvo poblado por mitmas lupacas enviados de Chucuito para trabajar en los pagos calientes desde Ilo hasta la quebrada de Camarones. Su curaca en los años de la conquista tenía por apellido Catari Apaza, emparentado con el linaje de los Cari del reino Lupaca. Se le menciona en la real provisión de 1538 firmada por Francisco Pizarro al concederle a Lucas Martínez Vagazo el repartimiento de LLuta. En ella le encomienda en el valle de citado 50 tributarios con su curaca principal Cari Apaza; y en el de Cochuna —Moquegua— 94 tributarios al mando del citado Cari Apaza; en el pueblo de Tacna 80 tributarios al mando del mismo Cari Apaza; y en el pueblo de Ocurica del valle de Azapa otros 30 tributarios pertenecientes al mismo Cari Apaza. En otra real provisión (Cusco, 2-XI-1538) emerge el mismo Cari Apaza como jefe de 600 tributarios en el valle de Tacna concedidos al encomendero Pedro Pizarro, juntamente con los caciques menores Caqui, Lupistaca, Quelopana, Ara, Conchalique, Quina, Arequipa y Lanchipa. Lo que anuncia que Francisco Pizarro dividió a esos mitmas lupacas de Chucuito para satisfacer a dos pedigüeños desesperados por tener encomiendas. Parece referirse a Tacana Anansaya y Tacana Lurinsaya. Anansaya tenía por cabecera a Pachía y como caciques a los Catari; mientras que Lurín tenía por cabecera a Tacana y como caciques a los Lipistaca, en tanto la aldea de Codpa tenía como jefe a los Ara. En el valle de Tacna, Anansaya comprendía a los ayllus establecidos en las cabeceras hasta donde fenece el Alto de Lima; y Lurinsaya los ayllus establecidos desde este último linde hasta Para y el mar (Cúneo Vidal 1929: 326, 229).

5ª. Azapa

Llamado río de La Higuera por los hispanos, con 1.600 kilómetros cuadrados de superficie de cuenca, 90 kilómetros de largo y gasto medio de 6 metros cúbicos de agua por segundo. Nace en las alturas de Livircar. En la puna se abría la laguna de Chungará, que da origen al río Lauca, que tuerce rumbo a Carangas. Es una zona fría de solo pequeños caseríos, pascanas y chozas de pastores que hacen vivir al ganado con solo pastos naturales, pues las aguas son escasísimas, al extremo de no alcanzar perennemente a la costa. Era y es un valle fertilísimo, gracias al virtuoso guano de islas. Desemboca a corta distancia del puerto de Arica y es notable por la excelencia de sus productos

agrícolas, como zapallos y camotes de exquisitos sabores. Las producciones que brindaba son realmente asombrosas, tanto por su abundancia como por su sazón. Durante el virreinato daban vida a la ciudad de Arica. Distan cuatro leguas de este puerto (Stiglich 1918: 61-52 / 1922: 115). Como los otros ámbitos de Colesuyo al sur, son quebradas que cuentan con climas distintos, como resultado de lo abrupto del terreno localizados a diversas altitudes

Azapa es el río y valle arriba de Arica, de temperamento calido, con puquiales que salen de su miserable correntada, con lo que regaban sus maizales, ají, pepinos y otros productos, que cosechaban en abundancia en virtud al *guaneado*, gracias a lo cual rebosaba de fertilidad. En la parte media del valle había sequedad, pero más abajo volvían a brotar los ojos de agua que daba vigor al célebre totoral de Arica, una mancha enorme de enea como una plaza, totorales sobre los que inventaban muchas explicaciones (Vásquez de E. 1630: 481-1417).

El de Azapa, cuyo topónimo antiguo fue Cuzapa (Garcilaso 1609: 370), tuvo sus pagos a lo largo y ancho del valle de su nombre, sin sobrepasar de Saucache hacia el mar. Se ve que Azapa era el territorio mediterráneo y Arica el costero, no invadiendo el uno al otro sus posesiones. Por lo tanto, de Saucache a la costa, con casuchas al pie del Morro y otras dos más chicas en La Chacota y Chacalluta fueron el hábitat de changos o camanchacas, los autóctonos por excelencia. Los andinos poblaron esta quebrada rumbo a la cordillera. Precisamente el nombre de «Barrio de Pescadores», aplicado al corto grupo de calles abiertas en la base del Morro, es una reminiscencia de los primitivos camanchacas de Arica (Cúneo Vidal 1929, I: 457).

Lo concluyente es que en Azapa funcionaba un curacazgo de mitimae traídos de Chucuito (Lupaca). Su límite oeste costero pudo ser el sector de Saucachi. Allí estaba —en Arica— la línea de la coca (Ibid: 396, 457).

6ª Arica

En la costa misma, en sitio desmedrado y enfermo por estar a la sombra y abrigo del morro, lo que motivaba, según afirmaban, la muerte de infinidad de aves guaneras. El clima caliente, generaba la podredumbre rápida de tales pájaros contaminando los aires, causa de su halo de ser enferma. El sitio es grande y llano,



con agua a un poco más de un metro y medio de profundidad, aunque no les gustaba abrir pozos (Vásquez de E. 1630: 479, 480).

Al parecer en el valle de Arica no hubo ningún cacicazgo nativo, pero sí en el de Azapa (donde se ubicaba Umaguata) constituido por mitmas venidos del reino Lupaca, distribuidos desde ILo a Loa. Ellos dieron vida a siete buenos curacazgos bastante bien conocidos, como estamos examinando (Cúneo V.1929, 1: 457). Los pescadores de las playas de Arica no olvidaron de cómo sus antepasados, en balsas de cuero de lobo marino, pudieron entrar mar adentro hasta llegar a islas lejanas (Acosta 1590: 31). Al igual que los de Ica, posiblemente fueron algunas veces arrastrados por las corrientes marinas hasta muchas archipiélagos hacia el oeste, de los que regresarían muy pocos con vida, dada la precariedad de sus embarcaciones. En cuanto a la etimología de Arica, tenemos la versión recogida por un cronista mercedario. Narra que el general Apocamac, después de haber estado mucho tiempo en Chile guerreando, al regresar al Cusco con su ejército victorioso, una vez llegado al valle hizo alto por algunos días para dar aviso de los sucesos chilenos. Envió adelante a un capitán, hermano suyo, con manojos de quipus. Al despedirse de Apocamac le dijo; «¿señor, habéis hecho el quipo que tengo que llevar al inga?». Apumayta lo extrajo de su bolsa y le dijo «*Ari-ca*», que quiere decir «sí, toma» (Murúa 1600: 403 / 1616: II: 235-236).

Arica es una playa muy grande y bien conocida por un Morro, así llamado por los marineros españoles. Se mostraba blanco como resultado de las excretas de miles de aves guaneras que llegaban a dormir en él. Es valle bastante angosto y de poca agua. En su playa, durante las bajas mareas, aparecían dos y hasta tres manantiales de agua dulce y sana; en las crecientes el mar las cubría; no tenían pozos abiertos en las partes elevadas a donde la alta marea no alcanza (Lizárraga 1605: 523). Del cerro o morro junto al pueblo se vislumbra el mar muy a lo largo, tomando puerto los navíos europeos mejor con esta señal. Frente hay una isleta (López de Caravantes 1630, II: 108).

En los arenales del Arica y contornos sembraban el maíz en cabezas de sardinas utilizadas como nutriente; redituaba 300 fanegadas por cada una de sembradura. También cultivaban empleando guano de islas, asimismo con excesivo rendimiento (Calancha 1638: 57).

En el muy seguro puerto de Arica, en su mar profundo bullían toda suerte de peces. Claro que el pueblo estaba considerado de clima malsano, sus alrededores sin terrenos de cultivo. En sus arrabales vivían muchas unidades domésticas pero sin osar ir a la playa para no contraer enfermedades; solo paraban algunos pescadores. De todas maneras, en su valle cogían maíz en poca cantidad (Ramírez 1597: 335).

La población de los valles de Arica, LLuta y Azapa acabaron pluriétnicos, destacando la presencia carancas. Reconocer a su población oriunda solo sería posible por medio de la arqueología, bien que ésta todavía no da los resultados esperados (Hidalgo L. 2009: 163).

Una cédula del 22 de enero de 1540 señala que desde los altos de Azapa a Ilabaya existían estancias de ají, coca y cochinilla o grana y «otras cosas». En el valle de Azapa se menciona el pueblo de Camarasa con 120 tributarios de 18 a 50 años de edad, bajo el control del cacique Cayoa. En el valle de Azapa mismo otros 10 tributarios con el principal Guacocán; en el pueblo de Guator, 27 tributarios con el principal Lalio, al que le pertenecía una estancia con 15 hombres. Luego se visitó un pueblo de pescadores correspondiente a este curaca llamado Ariaca, ubicado en la costa marina, con 18 tributarios, que simultáneamente poseía dos estancias valle arriba con sus parcelas atendidas por seis hombres y la otra con cuatro. En el pueblo de mitimaes de ILabava paraban 70 personas con su curaca principal; en el pueblo de Auca, otros 50 varones con su principal Aura, subordinado al cacique Cariapaza del Altiplano. En el pueblo llamado Ichinchura, 94 tributarios con su principal Canchi, también sujeto al señor Cariapaza. En el pueblo de Ariaca, 30 pescadores de Tarapacá con su principal Yano, además del cacique Pola, pescador, con 194 tributarios (Barriga 1955, III: 18).

De dicho documento se desprende que bajo el mando de Cayoa existían espacios y caciques correspondientes a otras pertenencias, como el de Camarasa en la parte alta. (Socoroma y Belén), también los principales; Guacocan, Lalio y Yano, todos bajo el dominio de Cayoa. Sacando a los de Camarasa, entre los demás habitantes del valle y de la costa, solo 18 eran pescadores (22.5 %). Arica y sus caletas cercanas reunían a otros pescadores, como 30 en Tarapacá, 26 dependientes de ILo y 8 subalternos de los mitimaes Capanique de Tacna en Arica (Hidalgo L. 2009: 164).

Aquí lo interesante es, de manera singular, que los camanchacas aparecerían excepcionalmente con tierras de cultivo en las cercanías de la laguna de Ocurica, un sector del valle de Azapa ubicado al oriente de Saucachi, la última parte agrícola del valle, zona irrigada por tres vertientes de escaso volumen y fluctuante cual modestos manantiales, suficientes para la siembra del maíz necesario (Vásquez de E. 1630: 481). Por eso las fuentes del XVI y XVII lo identifican puntualizando «valle o asiento de Ocurica». Pero éste terreno «agrícola» solo consistía en una ciénega de escasa extensión, más de uso privado que colectivo, lo que advierte que los camanchacas realmente no practicaban la agricultura, permanecían cubiertas de arbustos en una magnitud de cinco a seis fanegadas. Se asevera que así lo advierte una escritura de venta, datada en Arica el 6-X-1572 (Hidalgo L. 2009: 170). Aunque este autor crea que Ocurica constituían chacras de labranza, lo que se puede asegurar es que los camanchaca y uros recién comenzaron a practicar el cultivo de suelos en la época colonial para pagar sus tributos. Sobre todo en el siglo XVIII, tiempo que tuvieron oportunidad de adueñarse de parcelas que pertenecieron a familias de agricultores consumidas por los enfermedades que diezmaron a los indígenas de toda América.

Por tanto, Arica, Azapa y Lluta fueron asentamientos poblados por lupacas de habla aymara, bien que en sus playas vivían los camanchacas oriundos. Todos los mitmas fueron dados al encomendero Lucas Martínez Vegazo en 1540. En la provisión se especifica que en las cabezadas del valle de Azapa tenían sembríos de ocas, ají y grana (cochinilla), a más de otros productos. En el valle de Lluta, su cacique Tauquia, mandaba a 364 tributarios, de los cuales 120 vivían en Socoroma, mientras en la parte baja, en el valle de Yuso el cacique Chacani controlaba al pueblo de Umaguata de 26 tributarios; a este pueblo le pertenecía un paraje con 15 tributarios y otro pueblo de pescadores llamado Arica, habitado con 18 unidades domésticas. En la zona alta del valle de Lluta el mismo cacique poseía sus sembríos en una banda con seis pueblos y en la derecha cuatro. En el pueblo de Ulibaya, siempre en el valle de Lluta, se contaron 70 tributarios incluyendo al curaca. En consecuencia, Lluta conformaba un pueblo, al igual que Guanaca a cargo del cacique Cariapaza Inga, rey de los lupacas. En el pueblo de Ocurica empadronaron a 94 tributarios con su curaca Chiri. En el pueblo de

Arica, 39 tributarios más del señor Cariapaza Inca, con su principal Juan Ara. En la barranca del Morro de Arica, en las dos chacotas: La Lisera y Chacalluta, en la isleta que más tarde los hispanos llamaron El *Alacrán*, los mitmas del valle de Azapa tenían sus guaneras, y en el mar inmediato sus pesquerías. Todo ello en observancia de una sapiente disposición de los incas, en virtud de la cual las colectividades de las alturas debían tener salinas, guaneras y pesquerías en el litoral. Así es como cosechaban maíz, algodón, ají, coca, extraían sal, mientras que mediante el trueque lograban que los camanchacas les abastecieran de pescado seco y salado destinado a los colectivos de tierra adentro. El hecho de que a un callejón por el cual —una vez fundada la ciudad española de San Marcos de Arica— que iba del río a la Ranchería, recibiese el nombre de *Callejón de Chucuito*, nombre que se conservó hasta la cuarta década del siglo XX, prueba que esa ruta comunicaba Arica con el reino Lupaca (Cúneo Vidal 1929: 457-459).

Pero en Arica-Azapa-Lluta también debieron existir mitmas de la etnia Caranca, pues cuando Almagro retornó fracasado de su expedición a Chile, muchos habitantes de los mencionados valles fugaron a Carangas para ponerse a salvo y evitar ser enrolados como cargueros de los españoles (Cúneo Vidal 1929, I: 459).

En una provisión del 1 de marzo de 1550, fueron fijados los tributos de estos valles, figura don Juan Ayaviri, cacique principal de Umaguata en los valles de Arica, Lluta, Azapa, Ocurica y de los pescadores «que están en la costa de Arica, Callacalla, El Astillero-, y Chacalluta. También es mencionado Chura, Chuqui-huanca, Vila e Ichacayo, principales de diferentes agrupaciones «e los demás principales e indios uros sujetos que al presente año y en el futuro pudieren haber en el repartimiento de Arica, los dichos valles que están encomendados en vos el dicho capitán Hierónimo de Villegas». Se recalca que producían coca, ropa de lana, maíz, frijoles, ají, camélidos, sebo, hilos, pescado fresco y seco, cueros de lobo marino, aceite y sal. Lo referente a pescado, indudablemente que se trata del tributo de los uros de Arica (Ibíd.: 460-461).

7ª Codpa

Entre Arica y Camarones se encontraba la quebrada de Codpa, que Lizárraga le llama exageradamente valle. Es de clima cálido y se localiza a seis leguas de Arica. Exhibía una dilatada extensión, más extensa



de los cacicatos anteriores. Se extendía desde el mar hasta los límites con el señorío Caranca, tocando las altas cumbres de los cerros Puquinti, Huarmicollo, Curumay y Huayhuasi. Comprendía principalmente la quebrada de Vítor con sus derivaciones y la banda derecha de la quebrada de Camarones, hasta sus nacientes, en que están las borateras de Chilcaya. La banda izquierda de la quebrada de Camarones pertenecía a la comarca de Pisagua.

Las unidades domesticas vivían, por lo menos, en 14 pagos o caseríos: Codpa, Socoroma, Chitita, Pachica, Esquiña, Aico, Timar, Cobija, Ticnámbar, Timanchaca, Livilcar, Belén y Umagata (Cùneo Vidal 1978, I: 371).

La superficie de Codpa es escasa de agua, mejor dicho, no hay abastecimiento perenne. Donde las tenía se veía establecidos algunos miserables caseríos y cultivos. Su densidad poblacional era exigua comparada a su extensión superficial. Desde luego que posee mezquinas quebradas por las que se deslizan corrientes de agua rumbo al mar pero solamente en invierno. Por cierto que en sus cabeceras había suficiente fluido, siempre lo suficiente para producir lo que sus pobladores necesitaban para su mantenimiento. El pueblo dista dos leguas de la ciudad de Arica por un penoso camino de arena que parece interminable, donde la sed genera desesperación en los animales. Sus quebradas secas son molestas, trabajosamente se alcanzaba alguna aguada. Codpa se ubica en la banda izquierda de la quebrada de Vítor, un poco más abajo del arroyo que se descolgaba de Corralones. Parecida era la ruta de Iquique a Pisagua (Paz Soldán 1877; Stiglich 1918).

8ª Camarones

Seis leguas más al sur queda el «río» Camarones, llamado así por los españoles debido a la abundancia de este crustáceo comestible. Entre Arica y Tarapacá, en un punto casi equidistante aparece la quebrada de Camarones, que pudo ser poblada por mitmas ecológicos de procedencia Lupaca, Pacaje y Caranca. Es solo una quebrada imprudentemente denominado *río*, que termina en la orilla del mar. Sale de los cerros altos de Huaihuash. Por su lecho corre un poco de agua en ciertos meses del año. En su desembocadura se forman las caletas de Camarones y Culla, esta segunda algo segura, pero de sólidos y de 15 brazas. Como las demás playas de sus costados norte-meri-

dionales, su litoral destacaba por su pesca marítima, muy notoria a la vista, como también valiosa en lobos marinos. En un punto equidistante de esta quebrada se levantaba la aldea y chacras de Camarones. Distan 30 leguas de Camiña, 15 de Pisagua, 29 de Tacna y 38 de Tarapacá (Paz Soldán 1877 Stiglich 1922). Los españoles le llamaron «boca del despoblado de Tarapacá» (cfr Gutiérrez SC 1550; V: 176).

Seis leguas al sur está el valle de Matoral, y de aquí a Tarapacá otras seis, y de aquí a Pica 12 (Vásquez de E. 1630: 484).

9º Tarapacá

Se trata de un cacicazgo integrado por 12 parcialidades, al que los españoles llamaron asimismo «*provincias*» a 40 leguas al sur de Arica. Se extendía por Huaviña, Camsana, Camiña, Chiapa, Pisagua, Sibaya, Tarapacá, Iqueyque (Iquique) y Mamiña. Sus playas y caletas ocupadas por changos sobresalían por sus pesquerías de congrio y tollo (bacalao americano), comercializados en el interior de la misma quebrada y en la sierra. Formaba una superficie de más que menos 3.300 leguas cuadradas con exigua cantidad poblacional en relación a la inmensidad del paisaje tarapaqueño. La naturaleza la tenía privada de vegetación en su totalidad. Diminutos oasis se veía en algunas quebradas, por donde se deslizaba muy poca agua en determinados meses del año. Apenas daban frutos para alimentar pobremente a sus habitantes del interior. Los yungas del litoral de Tarapacá comían y bebían, principalmente, de los intercambios realizados con Arica y ayllus de la sierra. Todavía nadie sabía dar valor y aplicación al salitre y bórax que constituían la mejor riqueza de su suelo, aunque si a los abundantes depósitos de guano de aves marinas. En edades geológicas muy antiguas configuró un frondoso bosque de árboles pintorescos, cuyos troncos convertidos en fósiles pueden ser contemplados en la llanura o pampa llamada El Tamarugal (Paz Soldán 1877: 915-916).

Pese a lo cual, sus pobladores se consideraban satisfechos con su escaso maíz y gustoso pescado. Es semejante a la provincia de Atacama, por ejemplo en su clima muy caliente, pero sin caimanes dice Vásquez de Espinosa (1630: 481).

En el censo general del virreinato, fueron apuntados 761 tributarios incluidos seis curacas; 195 viejos exonerados de tasas; 1.004 muchachos y mozos;

1.973 mujeres. Total: 3.933 personas *reducidas* en los pueblos de San Lorenzo de Tarapacá, San Antón de Moncha, Santa María de Cayna y Santo Tomé de Camiña (Miranda 1582a: 172).

Pagaban de tasa 3.591 pesos; 270 arrobas de pescado seco de la mar, que a cuatro tomines de plata sumaba 139 pesos; 400 aves de Castilla a tomin, montaba 50 pesos. Total: 3.700 pesos de plata ensayada y marcada (Miranda 1583b: 237).

Es notable que en una de sus quebradas hayan existido minas. En las alturas explotaban vetas de oro y de muy fino cobre y hasta de opulenta plata, como sucedió en Huantajaya, «descubierta» por los españoles en 1556 a tres leguas de Iquique, poco trabajadas por la carencia de agua en un perímetro de muchas leguas, no obstante la existencia de varias lagunilla en las altitudes. Las opiniones de la época defendían la posición de que fueron explotadas por orden de los Incas, e incluso antes (Bueno 1765: 47). Durante el virreinato, Huantajaya fue considerado entre los más ricos del Perú, casi de plata pura, ya que por cada arroba de piedra de metal obtenían 25 marcos de plata piña. Con frecuencia se hallaban en las inmediaciones de este asiento minero, sobre la arena, buenos trozos de piedras argentíferas por poco íntegramente de plata (Paz Soldán 1877: 412-413).

10° Loa

Quebrada que lleva este nombre en todo lo que recorre por el fondo de su lecho hasta que desemboca en el mar. Nace en la Cordillera Occidental y es escasa de agua, la que discurre es amarga y dañina para la salud. La caleta de su desembocadura tiene un fondo de siete a diez brazas, poblada por pescadores changos. El embarcadero y desembarcadero más seguro es por la parte sur. Era un lugar falto de todo recurso, excepto el mar y la parvedad del maíz y algodón que producían cuando la quebrada se cargaba de líquido en el verano. Distan 84 leguas de Tarapacá y 18 de Quillagua (Paz Soldán 1877: 529-530).

De acuerdo al empadronamiento ordenado por el virrey Francisco de Toledo, en 1572 contaba con 160 tributarios incluidos dos curacas; 56 viejos; 156 muchachos; 264 mujeres. Total: 632 personas concentradas en el pueblo de San Andrés de Pica-Loa (Miranda 1583 a: 172). Pagaban de tasa 711 pesos de plata ensayada y marcada, 60 piezas de ropa de algodón a dos pesos de plata, montaba 120 pesos;

40 arrobas de pescado salado y seco, a 4 tomines la arroba, rendía 20 pesos; 144 aves de Castilla a tomin cada una, rentaba 18 pesos. Total: 869 pesos de plata ensayada y marcada (Miranda 1583b: 237).

De la tasa de Tarapacá y de Pica-Loa sacaban 900 pesos de plata ensayada y marcada para la doctrina; 482 para salario de justicias y defensores; 230 para el sustento de sus curacas (Ibid: 238).

Señoríos del Colesuyo. Considerando que la administración española implantó el método de transformar en repartimientos o encomiendas a los cacicazgos, es dable argumentar que los enumerados en el listado anterior hayan configurado otros tantos curacazgos. Es interesante que cada uno de ellos tuviera sus unidades domésticas yungas o nativas afincadas en zonas calurosas y húmedas en ciertos lugares y otras en comarcas resacas, gente que a partir de la época del Estado Puquina —o Tiahuanaco— fue invadida por multitudes de grupos domésticos procedentes del Altiplano para constituir enclaves ecológicos, sistema que fue reconocido e intensificado por los Incas. Se ignora la situación etnopólica de estos valles desde la perspectiva autóctona; hay la posibilidad de que algunos se hayan confederado para conformar un solo curacacazgo, y otros tal vez optarían por la independencia o autonomía frente a sus vecinos.

Es bastante llamativo que las Audiencias coloniales de Charcas y Lima hayan tenido a la hendedura del Loa como límite extremo del sur de su territorio colonial. Cruzando la correntía, comenzaba la provincia de Atacama, por entonces perteneciente a Charcas.

Ayllus. En la provincia colonial de Tarapacá, que heredó totalmente la demarcación incaica, los campesinos indígenas continuaron organizados en 12 señoríos de no mucha notabilidad, y éstos cimentados en ayllus, cuyo número en el siglo xvi sumaban 76. Fue imposible que todos se mantuvieran vigentes a través de las centurias coloniales, ya a fines del xvii había desaparecido realmente más de la mitad. Por eso en un documento de 1666 solo fueron enumerados los siguientes: Tumqui, Guatacondo Alto (Atuncondo o Cando Grande), Guatacondo Bajo (Lurín Guatacondo), Pueblo del Loa, Tazme, Camissa (Camiña?), Guallaco, SSoga, Collana, Zepita, Vigamayo, Amaricma, Uros de Coscaya, Iqui-Ique (Iquique). Ca-



marones, Gualiña, Carhuisa, Pica, Miñimiñe, Ssica, Tarapacá, Pacho, Uracmina, Masaya, Chiapa, Ucharacha, Hanoca, Bilya, Capisa, Bimaguara, Puchulcay, Lacaya y Pisagua (Lima. AGMRE).

Referencias

- ALMONTE, Clemente (1813). «Respuestas al interrogatorio enviado al cura de Andahua sobre las costumbres y organización de los pobladores de s jurisdicción, Andahua, noviembre 5 de 1813». BBNL. 1971: 8-14.
- ÁLVAREZ, Bartolomé (1588). *De las costumbre y conversión de los indios del Perú. Memorial a Felipe II*. Ediciones Polifemo. Madrid 1988.
- ANONIMO DE CHARCAS (1604). «Los fundamentos lingüísticos de la etnohistoria andina y comentarios en torno al anónimo de charcas». REAA. X. 1980.
- ARRIAGA, Pablo Josehp (1594). «Anua de la Provincia del Perú del año de 94». *Monumenta Peruana V*. Roma 1970.
- BARZANA, Alonso de (1594). «Carta del padre Alonso de Barzana al padre Juan Sebastián ...». Incluida en *Arriaga 1594*: 397-405.
- BARRIGA, Víctor M. (1955). *Documentos para la historia de Arequipa*. Tomo III. Arequipa.
- BELAN FRANCO, Augusto (1981). *Chiribaya: apuntes para el conocimiento de la arqueología Sur peruana*. Arequipa: Editorial Arqueos.
- BERTONIO, Ludovico (1612). *Vocabulario de la lengua ayмара...* Impreso en la casa de la Compañía de Jesus de Juli pueblo en la Provincia de Chucuito. Por Francisco del Canto.
- BOUYSE-CASSAGNE, Thèrèse 1997. *Plumas y signos de identidad, signos de poder entre los incas*. Lima: AAHA.
- BUENO, Cosme (1765). «Descripción de las provincias pertenecientes al obispado de Arequipa». En: *Disertaciones geográficas y científicas*. CDLP. 1872. V.
- CALANCHA, Antonio de la (1638). *Coronica moralizada de la orden de San Agustín en el Perú*.
- CALVETE DE ESTRELLA, Juan Cristóbal [1964 (1567)]. *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de don Pedro Gasca*. Madrid: BAE.
- CIEZA DE LEÓN, Pedro de [1947 (1553)]. *La crónica del Perú*. BAE: Madrid.
- COBO, Bernabé [1964 (1653)]. *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid: BAE.
- COLOGERO M. SANTORO et al. (2009). «Interacción social en el período Intermedio Tardío, valle de Lluta, norte de Chile». *La Arqueología y la Etnohistoria. Un encuentro andino*. Lima: IEP-IAR.
- CONKLIIG. Harold (1938). *Explotación de aguas subterráneas en las costas del Perú*. Lima: Librería e Imprenta GIL S.A.
- CÚNEO VIDAL, Rómulo [1978 (1929)]. *Obras completas I*. Lima: Editor P. I. Pastor.
- DIEZ DE SAN MIGUEL, Garcí [1964 (1567)]. *Visita hecha a la provincia de Chucuito por ...* Versión paleográfica y una biografía del visitador por Waldemar Espinoza Soriano. Lima: Ediciones de la Casa de la Cultura del Perú.
- ESTETE, Martín de (1533). «Relación del viaje de Cajamarca a Pachacamac». Incluida en las crónicas de Francisco de Jérez y G. Fernández de Oviedo.
- GALDO RODRÍGUEZ, Guillermo (1985). «Interrelaciones estructurales en la costa sur peruana». *Diálogo Andino*. Arica. Nº 3: 45-58.
- GALDO RODRÍGUEZ, Guillermo (1977). «Visita a Atico y Caravelí (1549)». *Revista del Archivo General de la Nación*. 4-5. Lima. 1975-1976.
- GALDO RODRÍGUEZ, Guillermo 1987. *Comunidades prehistóricas de Arequipa*.
- GARCÍA Y GARCÍA, Aurelio (1863). *Derrotero de la costa del Perú*. Lima: Establecimiento Tipográfico de Aurelio Alfaro.
- GONZÁLEZ PARDO (2008). «Arqueología del valle de Puquina». En *Tambo. Boletín de Arqueología* Nº 1: 126-27, Arequipa.
- GARCILASO DE LA VEGA, Inca [1963 (1609)]. *Comentarios reales de los incas*. Madrid: BAE.
- GUTIÉRREZ FLORES, Frey Pedro / RAMÍREZ ZEGARRA, Juan [1990 (1574)]. «Documentos sobre Chucuito». *Historia y Cultura*. Nº 4. Lima.
- GUTIÉRREZ DE SANTA CLARA, Pedro [1963 (1550)]. *Quinquenarios o historia de las guerras civiles del Perú (1544-1548) y de otros sucesos del Perú*. Madrid: BAE.
- HIDALGO LEHUEDÉ, Jorge (1996). «Relaciones protohistóricas interétnicas entre las poblaciones locales y altioplánicas en Arica». En: *La integración surandina cinco siglos después*. Cusco: CBC.
- HIDALGO LEHUEDÉ, Jorge 2009. *Historia andina de Chile*. Editorial Universitaria. Santiago.
- HIDALGO LEHUEDÉ, Jorge (2009). «Los pescadores de la costa norte de Chile y su relación con los agricultores, siglos dieciséis y diecisiete». *La Arqueología y la Etnohistoria. Un encuentro andino*. Lima: IEP-IAR.

- TEJADA LEWIS, Rocío (2008). «Chiribaya en la región Arequipa». *Tambo I. Boletín de Arqueología*. Arequipa.
- LECHTMANN, Esther, editora (2006). *Esfemas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: los Andes sur centrales*. Lima: IEP-IAR.
- LÓPEZ DE CARAVANTES, FRANCISCO [1986 (1630)]. *Noticia general del Perú*. II. Madrid: BAE.
- LÓPEZ DE CARAVANTES, FRANCISCO de (1881). «Para suplir en parte los olvidos que cometió el licenciado Salazar de Villasante...» RGI, I. Madrid.
- LOZADA, María Cecilia / BUIKSTRA, Jane E. (2002). *El señorío de Chiribaya*. Lima: IFP.
- LUCA, Manuel de (1983). *Diccionario Aymara-castellano. Castellano-Aymara*. La Paz – Bolivia. AAA.
- MALAGA NÚÑEZ CEVALLOS (1994). *Revista del Archivo Arzobispal de Arequipa*.
- MARTÍNEZ C., Jesé Luis (1996). «Papeles distantes, palabras quebradas. Las informaciones sobre Lipas en el siglo XVI». En: *La integración surandina cinco siglos después*. Cusco: CBC-SID.
- MELO, Rosendo (1913). *Derrotero de la costa del Perú*. Lima: Tall. Tip. del «Auxiliar del Comercio».
- MIRANDA, Cristóbal de [1925 (1583a)]. *Relación de los oficios que se proveen en el Perú*. Madrid.
- MIRANDA, Cristóbal de [1975 (1583b)]. *Tasa de la visita general de Francisco de Toledo (...)*. Lima: UNMSM.
- MONTESCLAROS, Marqués de (1616). *Auto de la división de obispados de Guamanga y Arequipa separados del del Cuzco. Por nuestro Sanctísimo Padre Paulo Pappa V. A instancia de la Majestad Católica del Rey Don Philippe III. Nuestro Señor*. (Impreso limeño de 26 pp. sin pie de imp.).
- MURÚA, O. M., Martín de [1946 (1600)]. *Historia del origen y genealogía real de los reyes incas del Perú*. Introducción, notas y arreglo por Constantino Bayle, S. J. Madrid.
- MURÚA, O. M- Martín de [1962 (1616)]. *Historia general del Perú. Origen y descendencia de los incas*. Dos volúmenes. Madrid: Ed. de M. Ballesteros.
- PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe (1877). *Diccionario geográfico estadístico del Perú*. Lima: Imprenta del Estado.
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl (1954). «Coli y Chepi». *El Comercio*. Lima, 14-2-1954, suplemento: 3,5..
- PACHACUTI YANQUI, Joan de Santa Cruz [1879 (1613)]. «Relación de antigüedades deste reino del Perú». En *Tres relaciones de antigüedades peruanas*. Madrid.
- RAMÍREZ, Baltasar [1906 (1597)]. *Descripción del reino de Perú*. Barcelona.
- STIGLICH, Germán (1922). *Diccionario Geográfico del Perú*. Lima: Imp. Torres Aguirre.
- SZYKULSKI, Jozef (2010). *Tambo. Boletín de Arqueología*. 2. Arequipa.
- TEJADA LEWIS, Rocío de. *El Tambo 2008*, I: 208-211).
- TRIMBORN, Hermann (1988). *Quebrada de La Vaca. Investigaciones arqueológicas en el sur medio del Perú*. PUCP. Lima.
- VALDIVIA, Pedro de (1545-1552). Cartas de ..., que tratan del descubrimiento y conquista de Chile. BAE 1960.
- VÁZQUEZ DE ESPINOSA, Antonio [1948 (1630)]. *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. Washington.
- VIVAR, Jerónimo de [1967 (1558)]. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reynos de Chile*. Fondo Bibliográfico José Toribio Medina. Santiago de Chile.
- WISE, Karen (Ed. (1998). *Moquegua. Los primeros doce mil años*. Museo de Historia Natural del Condado de Los Ángeles.
- ZECENARRO BENAVENTE, Germán (2003). «Apus tutelares y asentamientos del Cusco preinka». BARP. N^o 7. Lima.